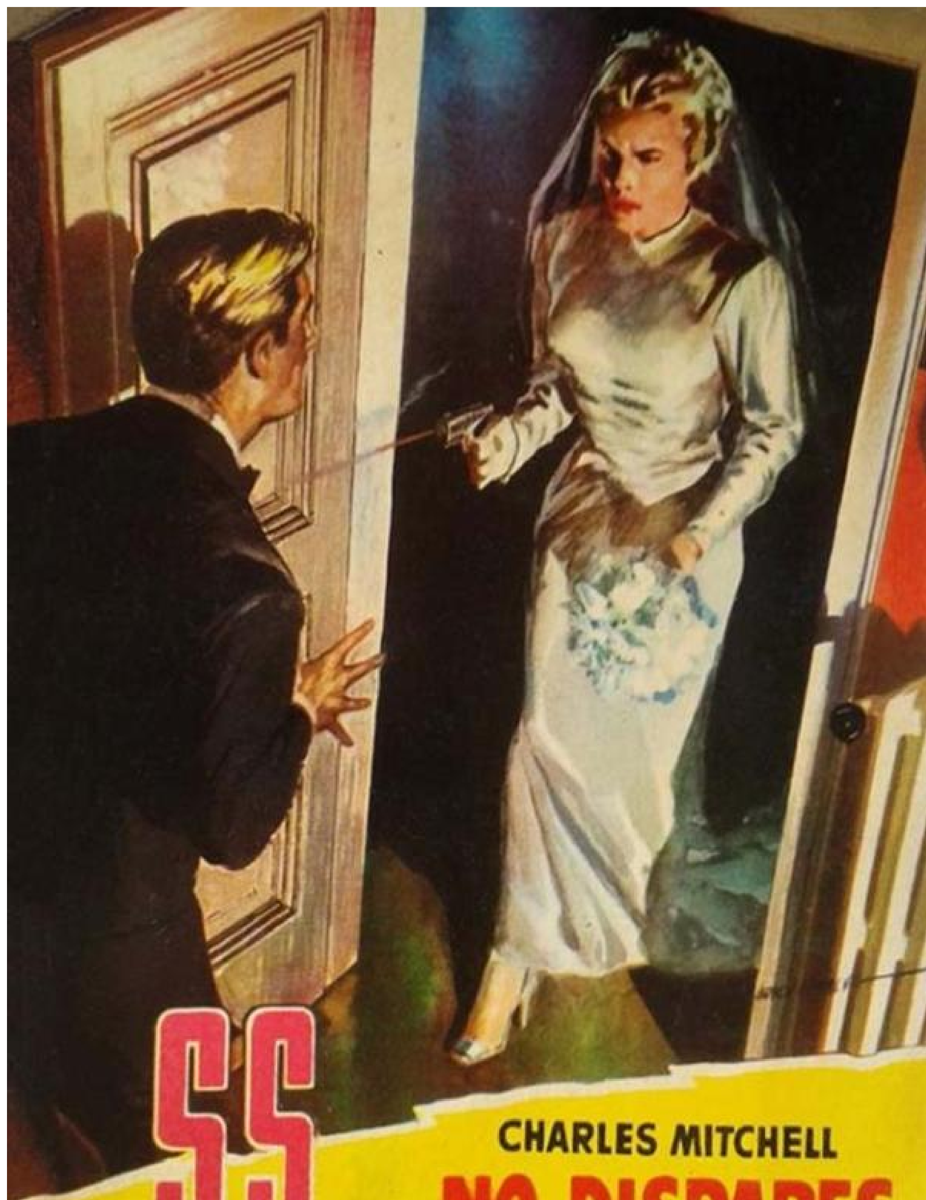
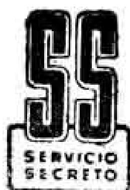

SS
SERVICIO SECRETO
CHARLES MITCHELL
NO DISPARES, QUERIDA

CHARLES MITCHELL

No dispares, querida

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

219. — Ellos los muertos. 224. — Un cadáver a medida. 228. — Diez centavos por su piel.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

NO DISPARES QUERIDA

por Charles Mitchell

HIGGINS

«... ¿Es usted un hombre honra- do o un granuja?»

DOOLITLE

«¡Hombre, mitad y mitad!... Como todo el mundo.»

(« PIGMALION», Acto V), de *G. Bernard Shaw*.

PREAMBULO

Le dije a Carla que prescindiera de la música de órgano. Desde que teniendo yo diez años, mi padre, con una tranca en la mano, me *sugería* la conveniencia de cantar en el coro de la parroquia, esa es una murga que me pone nervioso como si me metieran lagartijas por los oídos.

Le supliqué a Carla sencillez en nuestros respectivos atuendos. Por último, encarecí a mi novia, con encendidas frases, que la «cosa» se celebrara lo más discretamente posible.

Carla contrató dos órganos.

Me hizo alquilar levita y chistera.

Invitó a media ciudad de Los Angeles.

Al llegar aquí, no hace falta aclarar que estoy refiriéndome a una boda.

Sin embargo, justo es, que antes les hable un poco de estadística, y de lo paradójico que resulta el que en una ciudad de casi dos millones de

habitantes, durante un día de viento, se caiga por azar una teja, y sea a uno precisamente a quien parta la cabeza.

La ciudad de los dos millones a que me refiero, es la cuarta en densidad de población de los Estados Unidos. De la teja hablo en sentido figurado, puesto que yo me refiero a un arpa.

Sí; un arpa.

Piense usted cómodamente sentado a cuánta gente (aparte de Harpo Marx), por ventura conoce que toque ese anacrónico instrumento.

En Los Angeles, más concretamente, revisando, la relación de los tocadores de arpa encuadrados en el Sindicato Musical de la ciudad, constan solamente siete; de ellos, tres hombres.

Una de las cuatro mujeres, Carla.

Ese es el sentido figurado de la teja a que me refería antes.

* * *

Conocí a Carla allá por la época en que yo tenía un apartamiento alquilado a medias con Andy Piper, en la calle Rosecrans. En la puerta clavamos una chapa dorada, donde, grabada en letra inglesa (la letra inglesa siempre resulta bastante seria), había la siguiente inscripción:

Piper and Malone
Agencia de Investigaciones Privadas

Andy insistía en añadir algo más sobre «Especialistas en Divorcios», pero a mí me parecía poco serio, y, por otra parte, no estaba muy convencido sobre la conveniencia de admitir asuntos poco edificantes.

Esto es lo que yo creía.

Tardamos en amortizar los cinco dólares de la placa grabada en letra inglesa, lo menos tres meses. Y esto merced al primer trabajo que nos cayó, consistente en buscar por todo Santa Mónica un perro canijo, que además nos llenó la oficina de pulgas más grandes que saltamontes.

A partir de ahí, si no añadimos a la placa lo de los divorcios, fue por no desclavarla.

En plan de labor, hubo de todo.

Desde perseguir maridos adúlteros, hasta bucear en la Bahía de San Pedro buscando una pulsera recuerdo de familia, pasando por otra serie de cometidos que ahora no vienen al caso.

Entonces, decidimos tomar una secretaria como Dios manda: Esto es; sin saber distinguir una máquina de escribir de un mortero del cuarenta y ocho. Pero con dos pantorrillas de reglamento y una cara como para perdonárselo todo.

De este tipo de secretarias, las hay en Los Angeles a puntapiés. Vienen de las cinco partes del Globo dispuestas a hacer desmayar a Robert Aldrich, y las que tienen más suerte, acaban de secretarias, aunque sólo

cobren una semana de cada tres, como por ejemplo, ocurría con la nuestra.

Entonces fue lo de Carla.

Nos avisaron para que acudiéramos a un recital de música «seráfica» en un local alquilado de la calle Beryl. Me tocó ir a mí, porque Andy comenzó a decir que tenía unas anginas de jirafa.

El instrumento «seráfico» resultó ser un arpa llena de mugre, pero que por lo visto procedía del siglo no sé cuántos.

Había que custodiarla.

Yo me jacto de conocer, de mis buenos tiempos de guardia, a todo lo más escogido de la delincuencia californiana, y apuesto las orejas a que ni el ratero más hambriento hubiera sido capaz de cargar con aquel sucio armatoste ni aún a costa de apuntarle en la cabeza con un lanzallamas.

La sala estaba llena como sólo puede estarlo el interior de un huevo. Yo me situé cerca del tablado, al lado de una maceta con las hojas de palmera untadas de aceite para que brillaran. El arbusto olía a específico, pero como podía apoyar la cabeza en una columna a mi espalda, aguanté lo que pude, entreteniéndome mentalmente en maldecir a Andy y a sus jiráficas anginas.

Apareció Carla en el tablado vestida con una túnica o algo por el estilo.

Estupenda.

Yo le hubiera gritado de buena gana que no posara su delicada mano sobre aquella porquería de instrumento, mas resultó ser ella quien nos iba a interpretar «eso» de la música «seráfica».

¡Y cómo tocó! No es que me enterara gran cosa del ruido producido por toda aquella pared de cables, sucia, como un trozo de jaula sin limpiar; no. Yo me refiero a sus movimientos.

Cuando se inclinaba hacia adelante con los ojos semicerrados y la túnica… Bueno, creo que estorbó bastante la palmera.

Fue en uno de esos deliciosos instantes cuando Carla me guiñó un ojo. (Con el tiempo, Carla discutió acaloradamente esté punto, llamándome asno por mi interpretación vulgar del sublime misticismo de la música de cuerda).

Ella podrá decir lo que quiera. Pero me guiñó un ojo.

Por eso cuando se hartó de tocar, y ya se fue todo el mundo, yo la esperé en la puerta.

Lo habría hecho cualquiera, con «misticismo musical», o gustándole eso de «Mary, súbete al tranvía».

Yo estaba leyendo el cartel programador de la entrada, donde decía que la recaudación, con fines benéficos, sería entregada a la «Liga de Desintoxicación de Fumadores Inveterados».

Recordé que en la sala había dado fin a una cajetilla entera y que, a falta de más cigarrillos, no me fumé el arbusto por verdadero milagro.

Y Carla salió en ese momento vestida de calle.

Seguía estando estupenda.

Todavía no acabo de comprender del todo bien, cuando la cogí del brazo devolviéndole el guiño de la sala y le dije aquello de «aquí me tienes, nena», el por qué de la bofetada que me sacudió, volándome el sombrero lo menos cinco metros.

A la semana justa, hablamos seriamente de matrimonio.

* * *

Aquélla sí que fue una buena época. Y lo habría sido mejor si hubiese decidido atarme una piedra al cuello tomando alojamiento gratuito en el fondo de la bahía.

Una mañana, mi socio Andy me dijo adiós.

Se largó dejándome el negocio, la secretaria y cinco recibos de alquiler atrasados.

No le censuro lo más mínimo. A pesar de sus borracheras yo le estimaba hondamente. Pegué un papel amarillo sobre el «Piper» de la placa, dejando sólo el «Malone».

Carla se encargó de los cinco recibos atrasados; a fin de cuentas ella se avino a razones sobre lo de que en un futuro muy próximo nuestros intereses iban a ser comunes.

Lo de despedir a la secretaria y tomar otra un poco más vieja, pude convencerla de que lo aplazara para otro mes, ya que la chica estaba impuesta en ciertos aspectos administrativos, y yo sin Andy, no sabía exactamente en qué cajón se hallaban guardados esos papeles que siempre hacen falta.

Me hubiera dolido mucho desprenderme de Lili, a quien, entre otros favores, adeudaba casi cincuenta dólares que la chica me había ido prestando, sin pedirme siquiera a cambio el que me casara con ella.

Y llegó el cinco de julio, un día como otro cualquiera, para otro cualquiera menos para mí.

La boda.

Carla me levantó a golpe de teléfono casi a las seis de la mañana para que no me quedara dormido y empezara a vestirme. A partir de ahí, el aparato estuvo sonando cada cinco minutos para recordarme algo.

Sobre las diez, enmudeció, y yo pude comenzar a vestirme tranquilo, pensando, no me explico por qué, en una chica muy mona qué conocí en Cucamonga.

La boda era a las once en una capilla particular de la calle Moneta.

Teniendo en cuenta que la comida de celebración costaba a razón de cinco dólares cubierto yo invité solamente a media docena de amigos, incluido mi padrino, que a mí me hubiera gustado que fuera Andy. Pero mi antiguo socio (según me explicó por carta) andaba por no sé qué país de Centroamérica aprendiendo a tocar la guitarra,

El padrino, por tanto, iba a ser un amigo de Lili, mi secretaria, que, a pesar de su olor a establo, no sé quién diablos lo había traído a California para que invirtiera dinero en una película cuyo argumento, si mal no recuerdo, trataba de uno a quien habían dado por muerto en la guerra, y que cuando volvía, resultaba que su mujer se había casado con el hermano.

El guión me lo leyó a ratos Lili en la oficina, a quien por lo visto le iban a dar un papelito muy lucido para que apareciera varias veces en traje de baño.

Volviendo a lo de antes, todavía recuerdo con dolor de pescuezo el amargo rato que me llevó abrocharme la tirilla del cuello.

Tenía sólo veinte minutos para llegar a la iglesia, cuando de pronto llamaron a la puerta.

Yo vivía en un apartamiento de cuatro metros de largo por otros cuatro de ancho, con cama empotrada.

Con un repentino amago de estómago acudieron a mi memoria los cinco plazos pendientes de mi descapotable con la casa «Ziesgler». Llevaba varios días con la mosca en la oreja, esperando que de un momento a otro vinieran a dejarme sin coche.

Ya en prevención, hacía tiempo que aparcaba en el solar de un chatarrero amigo mío.

Hundí la llave del contacto en la pastilla del jabón, y haciéndome todavía el lazo, abrí la puerta.

No eran los agentes de requisa de «Ziesgler».

Tampoco el chico del bar de Burly con la dichosa cuenta «esa» de las botellas.

Ni siquiera Lili para desearme suerte.

No.

Era Carla.

Una Carla radiante, llena de sorprendente belleza, y vestida de novia con la misma minuciosidad de detalles que la muñeca de un pastel de bodas.

Se quedó parada bajo el dintel de entrada, inmóvil como una estatua de yeso. Sus ojos cálidos, brillaban profundos, penetrantes, igual que si tocara el arpa. Entre sus manos, sostenía un ramo de flores blancas.

Soy un hombre de rápidos reflejos. Sin embargo, hay cosas tan raras que ni aún bebido se las imagina uno.

No es frecuente que el día de la boda, vaya la novia a buscarnos a casa.

Abrí la boca pasmado, como si las mandíbulas fueran de goma, para sonreír igual que un cretino, al estilo del muñeco de la calle Linden que anuncian esas pastillas.

Transcurridos los primeros segundos de muda sorpresa, extendí mis manos hacia Carla, comentando con cariñoso desconcierto:

—Pero…, cariño, ¿cómo estás aquí?… ¿No sabes que trae mala suerte

el ver a la novia antes de la ceremonia.?

—¡Desde luego…, querido!

De entre el ramo de azahar sacó a relucir un descomunal revólver, tan grande como la estatua de Jefferson, enfocándome con el cañón.

Luego, mi «adorada prometida» oprimió el gatillo por lo menos dos veces.

Sentí las sacudidas en el cuerpo como si contra mi pecho alguien apoyara una taladradora de perforar asfalto.

Los ojos se me empañaron de luces rojas.

Del resto ya no me acuerdo.

CAPITULO PRIMERO

Cuando, al cabo de una semana, abrí por vez primera los ojos para tropezar con una preciosa enfermera, pensé, volviendo a entornar los párpados, que debía estar pasando el período más soñador de alguna magnífica borrachera.

La voz de ocarina del teniente Fulton vino a zambullirme de lleno en la realidad.

Yo, cuando celebro «alguna», no acostumbro a soñar en hombres, y mucho menos en el podenco de Fulton que, desde que a su lado consumí mis mejores años en calidad de guardia raso, no es santo de mi devoción.

—¿Qué hago yo aquí?

La enfermera vino corriendo a mi lado con su hermoso rostro radiante, igual que si acabara de descubrir algún nuevo bacilo vestido con pijama.

—Tranquilícese, míster Malone; está usted perfectamente… No le ocurre nada.

—¡Vaya! Parece ser que nuestro hombre ya ha resucitado…

Era Fulton otra vez, de pie frente a mí, con su sombrero de aire tirolés metido hasta las orejas.

Cerré nuevamente los párpados deslumbrado, intentando habituarme a la luz. Parece que la enfermera adivinó mis dificultades, entornando a causa de ello la persiana graduable. Luego se acercó, inclinándose sonriente como si me fuera a dar los buenos días con un beso.

Resultó que iba a tocar un timbre.

Entonces me dediqué a pensar qué demonios hacía yo allí.

—Le encontramos hace una semana en su casa cosido a balazos.

¡El maldito Fulton seguía como hacía años, leyendo mis pensamientos igual que si fuera mi madre!

La enfermera le chistó levemente, al tiempo que yo recordaba todo.

Carla vestida de blanco.

Me invadió de repente el mal humor acompañado de náuseas, que hizo bailar ante mí la habitación.

Debía estar muy enfermo. Quise mover el cuerpo, notándolo entumecido. Seguidamente un calambre me hizo apretar los labios, resecos y cortados por la fiebre, con un quejido de dolor.

—Vamos; estése quieto, no se mueva. Ahora mismo viene el doctor.

Fulton coreó a la enfermera:

—Paciencia, chico; ya pasó lo peor.

—Es su presencia… la que me pone malo… Lárguese.

Dije esto con un gran esfuerzo, como si quisiera demostrar al teniente que me hallaba en condiciones de jugar una partida de ping-pong.

—Antes debe contarme que es lo que ocurrió, Malone. ¿Por qué tenía el cuerpo lleno de plomó?

—Acostumbro a matarme así las pulgas…

La enfermera intervino, haciéndonos callar a los dos. Entonces llegó el médico.

—¡Por fin nuestro hombre ha revivido!

Esa es una estupidez que suelen decir todos los médicos, aunque solamente te acaben de sacar una muela.

Al contacto de 1a cara con el embozo, pude notarme unas barbas de patriarca bíblico. Las náuseas comenzaron a volver.

—¡Lárguense todos!… —grité.

—Yo soy el doctor…

—¡Usted el primero!

Soy un mal enfermo, lo reconozco.

Les volví tranquilamente la espalda y me quedé dormido.

Esta vez sí que soñé con Fulton, y con las cuerdas aceradas de un arpa, lacerando mi pobre cuerpo como orugas venenosas.

* * *

Cuando volví a despertar, el sol entraba a listas regulares por entre los resquicios de la persiana de plástico, color blanco.

Todo en la habitación, era blanco; de una pureza quirofánica, molesta.

Sin poderlo evitar, mi imaginación voló hacia Carla y su albo traje de novia.

Repentinamente, sorprendí el ruido que me había despabilado. En la penumbra, la enfermera manejaba una jeringuilla de inyectar.

—Puede dar la luz, preciosa.

—¡Ah, ya se ha despertado! Lleva durmiendo casi trece horas.

Descorrió la persiana, y aunque parpadeé, esta vez la luz no me hizo tanto daño.

Ahora pude contemplar por vez primera mi habitación a mi antojo.

Un hospital, y no de primera clase. De todas formas, se respiraba limpieza.

La ventana daba a algo que debía ser un jardín, aunque no muy grande, puesto que a corta distancia distinguíanse claramente los ruidos inconfundibles de circulación rodada.

—Hospital de Keystone —repuso la chica brevemente—. Ahora vendrá el barbero a ponerle presentable… Bueno, si es que hoy no le da también por despedir a la gente.

Sonreí, intentando poner un gesto agradable a pesar de la barba.

—Perdone —dije—. Pero es que ayer no me salieron bien las cosas.

Se acercó a mí graduando al trasluz la jeringuilla.

Me revienta que me pinchen, pero por una mujer como aquélla bien se podía uno dejar meter en una máquina de cortar jamón en lonchas.

—Traiga el brazo, si no le molesta.

—Usted no me molesta de ninguna forma.

—Se nota que está usted mejor.

—Lo mismo digo.

Se marchó, apareciendo al poco rato el médico. Este venía sonriente, con su cara de tener siempre cosquillas.

—¿Se puede hoy pasar…?

—Perdone. Opino igual que ayer.

—No tiene que disculparse. Está usted enfermo; no es responsable de gran parte de sus reacciones.

Estuvo hurgándome en el pulso y todo eso, hasta que le pareció bien. Al descubrir el embozo, pude verme el cuerpo más vendado que el egipcio Tutankamon.

—Ahora, dígame sin rodeos si después de esto voy a valer para algo.

—Le cambio muy a gusto mi úlcera de estómago por todas sus vendas.

—No venga a contarme que resbalé con una cáscara de plátano.

—Le dieron cuatro tiros a quemarropa que, afortunadamente para usted, no interesaron ninguna parte seria de su organismo. Pero perdió mucha sangre; unos minutos más en hallarle y se hubiera desangrado sin remedio. En eso ha consistido su gravedad; llevamos una semana de transfusiones. Si le cabe en el cuerpo tanto whisky como sangre prestada, está usted de enhorabuena.

Le creí (dejando a un lado el whisky). No tenía por qué engañarme.

Salvo si alguien había venido a visitarme, no era necesario el hacer más preguntas. El resto de la historia me la sabía, al parecer, yo solito, aunque me entrara en la cabeza con más dificultad que la tabla de multiplicar en mis años de párvulo.

Se marchó y vino el barbero.

Allí entraba y salía la gente con la misma naturalidad cotidiana que se emplea para tornar el autobús.

El barbero era un viejo aburrido que no tenía ganas de hablar. Ni siquiera sabía cómo se llamaba la enfermera. Cuando acabó le dije:

—Cárguemelo en cuenta, abuelo.

No entendió la broma y yo quedé como un idiota.

Entonces me dediqué a pensar; solo en la habitación, mirando al techo como a los barrotes de una jaula.

Fueron sólo necesarios cinco minutos para ponerme furioso y desesperado.

No acababa de comprender nada.

La actitud de Carla, su paradero y, sobre todo, el por qué de lo ocurrido.

Por una parte tenía la convicción de que, naturalmente, ya no iba a haber boda y esto, en el fondo, me reportaba una tranquilidad de soltero rehabilitado que no dejaba de reconfortarme.

Al fin y a la postre, una boda es una cosa muy seria.

Aunque había más. Carla, desde luego, era muy excitable, pero según mi corta experiencia sobre su carácter, no hasta el extremo de enredarse con el novio a tiros minutos antes de la ceremonia.

La policía no parecía saber nada concreto sobre el asunto, lo cual equivalía a decir que, Carla, o había desaparecido, o por el contrario guardaba «discreto» silencio acerca de su enfado.

Y a todo esto, el negocio solo.

Eso fue lo que me hizo hablar explosivamente en voz alta, diciendo cosas inadecuadas aún para repetir en voz baja.

En esto entró la enfermera.

Debió oír algo porque se puso ligeramente sonrosada, tirando al rojo violeta.

—Tiene usted una visita; una señorita que no ha dejado de venir desde el primer día.

Temí que fuera nuevamente Carla con municiones de repuesto, e inquirí sus señas.

Al parecer, se trataba de Lili, un poco exagerada su personalidad en la alusiva descripción de la enfermera.

Lili entró en la habitación andando en varios tiempos con un aire cinematográfico que no hubiera podido superar ni la Greta Garbo. Se desplomó sobre mí, besándome en la boca como si fuera un exprime limones.

La enfermera se fue galopando.

Cuando Lili se cansó de apechugarme, dije, recobrando poco a poco la respiración:

—¿Cómo te va, encanto?

No me hizo maldito caso. Ella seguía «rodando».

—¿Qué te ha pasado, Casey?

—Comí una almeja en mal estado y me ha salido un sarpullido. No te puedes fiar de las conservas.

Dejó repentinamente el «plato», para enderezarse una costura de la media. Desde la última vez que la vi, se había teñido el pelo de color verde. El traje, como de costumbre, parecía que se lo habían cosido una vez puesto. Debía costarle trabajo hasta respirar. Pero la chica valía. ¡Ya lo creo!

Reponiéndose ante el espejo de la polvera todo el carmín

desperdiciado, dijo algo que me dejó frío:

—Ha sido Carla.

Casi pegué un bote al preguntar:

—¿Quién te ha contado eso?

—Nadie. Ha desaparecido, y la policía la busca. Llevan una semana preguntándome hasta el número del pie que calzo.

—No sé quién ha sido.

Hizo un mohín de tolerancia y me largó otro beso.

Seguí preguntando:

—¿Qué hay por la oficina?

Puso un gesto dolorido, exagerado como su escote y todas sus cosas.

—Casey, cariño, me vas a perdonar, pero el tipo ese de la película se ha vuelto a su pueblo y yo tengo que comer. «Marcary y Cía.», me han dado un empleo de mecanógrafa. Como es la oficina de al lado, de vez en cuando echo una mirada. No ha habido nada de importancia.

Sí que lo había. Me habían birlado la secretaria.

«Marcary y Cía.» eran dos tipejos, padre e hijo, que habitaban la oficina contigua a la mía con una representación de tripas para embutidos o algo por el estilo.

Cada vez que se cruzaban con Lili en la escalera, la miraban deglutiendo saliva, como si la chica se tratara de alguna acreditada marca de mortadela.

Le dije lo que sentía:

—Has hecho bien; por lo menos comeremos salchichas gratis.

—¿Qué vas a hacer ahora, Casey?

No supe qué contestarle porque ni yo mismo lo sabía. De repente, ella recordó algo:

—¡Ah, encanto, se me olvidaba! Has tenido una carta; es de Andy.

No estaba abierta, pero de todas las maneras Lili conocía la letra tan bien como yo.

El sobre se hallaba arrugado como un higo, lleno de polvos y rímel. Pero en realidad lo que me llamó la atención fue el texto.

Decía:

> «Estimado cabezota:
>
> »Casey, al fin di con el «filón». ¡Una locura, muchacho! Te necesito. Hay de sobra para los dos, pero esto es dinamita pura, y ahora que tengo el asunto casi resuelto debo dormir con un ojo abierto. Ven pronto, chico; de cualquier forma. La verdad es que estoy en un aprieto y necesito tu ayuda.
>
> »No puedo serte más explícito. Deja todo. Te giro a nuestro Banco doscientos dólares para el pasaje en avión. De momento no tengo más. Estoy en el «Hotel Amalia».

»Un abrazo de

«*Andy*.»

Dije algo en voz alta que sorprendió a Lili, aún estando ésta habituada a mi vocabulario.

—¿Ocurre algo, Casey?

—¿Cuándo recibiste esta carta?

Por lo visto al día siguiente de mi «indisposición».

Parecía que todos se habían puesto de acuerdo para volverme loco.

Yo conocía a Andy mejor que si lo hubiera traído a este mundo. Él nunca necesitaba a nadie, y si en alguna ocasión se asoció a mí, fue con la única pretensión de ayudarme.

Yo era su mejor amigo; ese amigo único que siempre tenemos todos. Ambos lo éramos desde que hacíamos novillos en la escuela para ir a robar la carbonilla de los trenes y después comprarnos pitillos.

Abandonamos Pomona los dos a un mismo tiempo, ingresando en el Cuerpo de Policía de la Ciudad de Los Angeles. Juntos también, cambiamos de uniforme para irnos a ganar la guerra.

No ganamos nada.

Siempre ocurre lo mismo. Ni siquiera ese «filón» que Andy, soñador, se prometía encontrar el día menos pensado. Ahora, por lo visto, al final, lo había hallado.

Enhorabuena, y que contara con uno menos.

—¿Ocurre algo, Casey?

Otra vez:

—Sí. Andy me manda dinero para que te compres un salto de cama.

—Buenos días, Malone. ¿Cómo va eso?

Era Fulton.

Con sus suelas de goma. Como un fantasma sucio, oliendo a puro rancio, y el sombrero calado hasta las orejas.

Se paró, sonriente, a los pies de mi cama, metidas las manos en los bolsillos de su americana.

Doblé la carta lo más tranquilo que pude para guardarla en el sobre.

Sentía fiebre y enormes deseos de empezar a quitarme las vendas cual un chiquillo enrabietado.

Lili sonreía a Fulton como hubiera sonreído igualmente a tres divisiones acorazadas que hubieran entrado de una en una en la estrecha habitación.

—Este es el teniente Fulton, Lili —le dije a través de mis dientes apretados—. De pequeñito le compraron ese sombrero que se le quedó encasquetado. Por eso no puede quitárselo aunque haya una señorita delante.

El aludido se puso colorado, destocándose rápidamente. Luego musitó

un leve: «Ya nos conocemos», devorándome a mí con la mirada.

Se hizo un silencio prolongado del que yo disfruté de lo lindo. No tiene uno todos los días la suerte de contemplar a un teniente de policía con el sombrero en la mano, y más corrido que una mona.

Fulton rompió el silencio señalando con la vista el sobre con el que me abanicaba:

—¿Buenas noticias?

—¿No lo sabe? Estoy esperando un bebé de un momento a otro.

Le estaba sacando de sus casillas.

—Me refiero a su novia. Usted sabe dónde está —tronó.

—¡Claro que sí, teniente! ¡La tengo debajo de la cama!

Lili nos miraba, alternativamente, con cara divertida. Yo esperaba que de un momento a otro metiera la pata de alguna insospechada forma.

—No quiere decir que fue su novia quien le hirió, ¿verdad, Malone?

—¿Qué interés tiene porque diga lo que a usted, le conviene?

Como Fulton no añadiera nada, dije yo todo lo que pensaba.

Le largué eso a que uno da vueltas en la cabeza año tras año, con la esperanza de poder soltarlo algún día:

—Sé que piensa que no le quiero ayudar… y está en lo cierto. En esta ciudad es raro que desinteresadamente nadie ayude a nadie. Usted lo sabe de sobra, Fulton. Me tiré casi diez años a sus órdenes haciendo el canelo, desgastando suelas, de puesto frente a las joyerías o llevando a la comisaría borrachos. Yo tenía ilusión y usted me podía haber ayudado como a muchos otros…, pero carecía de recomendación. En la elección podía haber pasado a la escuela para el ascenso, y usted u otro como usted dijo que no. Esto es todo lo que tengo que agradecerle al Cuerpo de Policía, aunque ahora celebro que sea así. Yo soy libre y feliz, y las veces que tengo dinero lo tengo de veras y me permito entrar donde un teniente no puede hacerlo ni enseñando la chapa: ¡Váyase al diablo, Fulton!

Debí levantar mucho la voz. La enfermera entró corriendo en la habitación como si se hubiera dejado la plancha enchufada sobre un vestido.

Miró reprobatoriamente a mis dos visitantes igual que si contemplara el hospital invadido de marcianos.

—¡Por favor, deben salir! Para ser el primer día, creo que míster Malone se está excediendo.

—Antes de marcharte déjame tus cigarrillos, Lili.

Lili me dejó los cigarrillos y otra buena dosis de carmín.

A Fulton, de pie ante la cama, de haberle apretado alguien la barriga, le habrían salido disparados hacia mí sus globos oculares como dos obuses.

—Tarde o temprano tendrá que necesitarme, Malone. Espero que para esa ocasión haya encontrado ya las recomendaciones.

Se marchó.

Varios años esperando para decir una cosa, y cuando por fin lo hace uno, se da cuenta de que ha metido la pata.

Tenía que renovar mi permiso de detective privado. Esta no era ocasión de haber hablado así, sobre, todo para decir tan poca cosa; pero ya el asunto no tenía remedio.

La enfermera, afanosa, me estaba arreglando la cama.

Yo me sentía mal; pero mal del todo. Me hubiera gustado seguir unos días más sin conocimiento. ¡Maldito para lo que el conocimiento me hacía falta!

—Ahora va usted a descansar sin moverse para nada.

—¡Qué pena! Tenía dos entradas para ir al cine.

Con aire que intentaba ser severo, me quitó el carmín de los labios utilizando su propio pañuelo.

—Espero que mañana sus visitas sean más tranquilas.

—Mañana, querida, no recibiremos a nadie.

No sé por qué me dio en las manos.

Yo sólo intentaba auscultar sus pulsaciones

CAPITULO II

Una vez cicatrizados los dos agujeros salí a la calle.

Yo, por mí, lo hubiera hecho mucho antes sin permiso de nadie. Se lo dije a Lili; Lili se lo largó al médico, y en torno mío montaron una perpetua vigilancia como si fuera a escaparme con los planos de alguna bomba atómica.

Mi ex secretaria, en sus periódicas y efusivas visitas, me fue poniendo al corriente de la marcha del mundo.

Habían dado, por fin, con el descapotable en el solar del chatarrero, dejándome sin coche por las buenas.

En la pensión, sacaron mi maleta a la escalera.

Y, por último, en la oficina, amenazaban con echar la llave, dejando dentro la máquina de escribir en calidad de «reparaciones de guerra».

Todo un programa.

Lili, la semana antes de mi alta, vino a despedirse. El de las tripas para embutidos había considerado indispensable su ayuda en la reciente ruta comercial a emprender por Nevada.

Me trajo algo de ropa, comunicándome que el resto de mi equipaje estaba en la oficina.

El traje con que ingresé en el hospital, no valía para nada, por tener más agujeros que un queso.

Y salí a la calle.

Con las manos metidas en los bolsillos y los bolsillos limpios como el cristal de un escaparate.

Desde luego, no tenía intención de cobrar los doscientos dólares que me girara Andy. Aceptar el dinero era tanto como aceptar su oferta para ir al pueblo «ese» de San Belisario. Por mi parte, podía el dinero apolillarse en la caja fuerte del Banco.

En la oficina tenía una botella de whisky casi sin tocar.

Con esta excusa, hacia allí encaminé mis pasos, cuando la verdad es que deseaba saber si todavía seguía siendo inquilino del inmueble. De cualquier forma no podía ir a otra parte.

Del hospital a la oficina no había mucha distancia. Por el camino me entretuve leyendo las revistas colgadas en los quioscos para no pensar en otras cosas; pero eso, así dicho, resultaba muy fácil.

Me hubiera gustado ver a Carla, no para nada; únicamente saber qué mosca le había picado.

Llegué a Rosecrans antes de lo que pensaba.

A esa hora todas las oficinas parecían agujeros silenciosos como nichos. No obstante, los ascensores funcionaban todavía con algún rezagado.

Al pasar ante la puerta de los salchicheros escupí al letrero. De haber tenido a Lili ahora, por lo menos, nos hubiéramos emborrachado juntos.

El letrero de «Malone» permanecía brillante.

Algo es algo.

Metí la llave para abrir, encontrándome con que la puerta ya estaba abierta.

Y, además, con ocupante.

Sentado en mi propia silla y fumando un cigarro habano.

La luz del fleje, proyectada a un nivel más bajo del de sus ojos, dejaba en la penumbra media cara del fumador.

Así que, por fin, me habían desahuciado.

—Si es usted el nuevo ocupante, por lo menos podía haber quitado la placa —dije con resignado malhumor.

El otro se levantó de su asiento, extendiéndome una mano.

—¡Oh, no, míster Malone! Supongo que éste sigue siendo su despacho. Me permití esperarle aquí dentro porque vi que la puerta estaba abierta.

Eso último no se lo creí, pero de todas formas la cosa ya cambiaba.

Encendí la luz del centro para examinar a placer a mi visitante.

Era de origen hispano, desde luego. Ya lo había advertido en su acento nada más hablarme. Vestía de blanco de arriba abajo, a excepción de su corbata, roja como la jalea de fresas. Por lo demás, su cara, dentro de lo feo, no me decía nada. Mejicano tal vez, y si no, que fuera lo que le diera la gana. Pese a mi necesidad urgente de clientela, no me gustaba su forma de esperarme, y estaba ya calculando el momento en que lo iba a echar a puntapiés.

—¿Y por qué sabía usted que yo tenía que venir aquí?

Sonrió enseñando toda la dentadura. No me agradó, y menos después de lo que dijo:

—Porque no podía ir a otro sitio. Acaba de salir del hospital, le han echado de la pensión, y tiene usted aquí su equipaje.

Aquello sí que no era normal. Me hubiera sorprendido, de no tener ya agotadas mis existencias emocionales.

—¿Qué quiere?

—Vengo de parte de su socio Andy.

Primero la carta y el envío de los doscientos pavos y luego este tipo. Estaba visto que Andy no pensaba dejarme tranquilo.

Fui hacia el armarito archivador donde guardaba la botella de whisky, ganando tiempo para que el otro me dijera de una vez qué tripa se le había

roto.

La botella estaba más vacía que mis bolsillos. Lili debía haber matado el aburrimiento como si su estómago fuera de papel secante.

—¡Bueno, acabe de una vez y apague esa porquería! Me molesta el olor a puro.

—Su amigo Andy está aquí, en Los Angeles.

—¡Y yo, y usted… y Lana Turner! ¡Y todo el firmamento cinematográfico…!

Acabó de apagar el puro, mirándome con ojos brillantes. Ya no sonreía. Y empezó por donde tenía que haber comenzado desde el principio.

Al quitarse el sombrero panamá, dejó al descubierto una grasa y abundante cabellera negra, que hubiera sido la delicia de cualquier propagandista de productos capilares.

—Permítame que me presente. Me llamo Díaz; Eduardo Díaz, jefe de policía de la República de San Belisario. Es un país pequeño de Centro América del que posiblemente ignorará usted su exacta situación.

Era la primera vez que oía hablar en mi vida de semejante sitio. Entre dientes musité un «Lo conozco», y el otro prosiguió;

—Mi país está en vísperas de elecciones presidenciales. Los candidatos en oposición puede decirse que son dos, puesto que el tercero no tiene la suficiente importancia como para salir electo. La lucha se centra entre el actual presidente, Porfirio Romero, y el partido de la oposición regido por Galo Hernández. Este segundo, siendo secretario de Porfirio: al principio de su gobierno, le hizo firmar sin que el presidente lo advirtiera, un documento muy comprometedor para el prestigio de un gobernante.

—¡No me diga!

—El que usted crea o no los detalles accesorios me tiene completamente sin cuidado. El caso es que el documento existe, y no en poder del Presidente ni de Galo Hernández. Ambos lo quieren: el uno para hacerlo desaparecer y el otro para derribar a Porfirio y ganar las elecciones.

—Lamento no poder ofrecerle un poco de whisky. Se lo ha bebido el gato.

No me hizo caso y siguió con sus elecciones a vueltas.

—El documento a que me refiero se lo robaron a Hernández de su caja fuerte. El que lo hizo murió, sin que apareciera el papel. El asunto se lleva en silencio por ambas partes, aunque está causando bastantes inconvenientes.

—Muertes.

—Llámelo inconvenientes —me corrigió—. Su amigo ha estado buscando la carta para Porfirio Romero, parece ser que con más suerte que los otros.

Dejé caer la botella vacía a la papelera; luego, extendiendo hacia

adelante las palmas de las manos, dije melodiosamente:

—¿Y a mí qué me cuenta?

—La carta vale para Porfirio cien mil dólares. Yo había quedado con su amigo Andy en entregarle el dinero en territorio americano; más concretamente, en Los Angeles.

¡Con que ése era el «filón» de Andy! Me lo estaba oliendo desde el principio. Ahora comprendía la carta mejor que el abedecedario.

—Bien, ¿a qué espera? Dele a Andy recuerdos de mi parte. Dígale, de paso, que todavía estoy reponiéndome de un ataque reumático.

—Andy Piper está escondido. La gente de Hernández le ha venido pisando los talones. Quiere verle a usted: será quien vaya a donde está escondida la carta y haga el trato conmigo. Andy me ha rogado que le diga que usted se llevará un buen pellizco.

No acababa de tragarme toda la historia. Sin embargo, el buen sentido me decía que, no pintando yo nada en el asunto, el que acompañara a este personaje no me iba a perjudicar, sobre todo pudiendo ser cierta la cosa.

Era evidente que Andy estaba mezclado en un buen lío, y con razón y dólares, o sin ninguna de las dos cosas, yo, como él hubiera hecho, estaba en la obligación de ayudarle.

—¿Dónde está Andy ahora?

—En una barraca de la playa. Al final de Topanga Boulevard.

—¿Y usted no teme que le sigan?

—¿No creerá que soy jefe de policía en mi país, solamente por ser amigo de Porfirio Romero?

Estuve a punto de decirle que sí, pero preferí callarme. Le hice una seña para que saliera, y cerré la puerta con llave.

Fue él mismo quien me hizo la indicación de la escalera trasera.

—Está usted en todo, ¿eh? —le dije socarrón.

Pero no me prestó atención y salimos a la calle.

Aparcaba su coche cerca del solar del chatarrero. Era un «Ford» cubierto, supuse que alquilado.

No cabía duda que algo del oficio se le había quedado. Hizo unas estupendas fintas con el coche, cambiando repentinamente de dirección e internándose por callejuelas. Dominaba el volante con bastante habilidad.

Pronto dejamos el centro de la ciudad, acelerando sobre el liso pavimentó del bulevar de la playa.

Aspiré a pleno pulmón el aire cálido del Pacífico. En Los Angeles, respirar aire de mar es lo único que no cuesta dinero.

Mi acompañante parecía embelesado en la tarea de conducir, mirando, alternativamente, parabrisas y espejo retrovisor. Con una canana cruzada al pecho y un sombrero de paja, hubiera podido muy bien pasar por Pancho Villa.

Comencé a silbar «La cucaracha». Entonces frenó el coche.

Habíamos atravesado la carretera que conduce a las dunas hasta el final. Ahora la arena esponjosa se extendía a nuestros píes.

—Por aquí —me indicó mi acompañante.

—Usted primero, por favor.

Daba lo mismo. A fin de cuentas mi pistola, para estupidez mía, dormía llena de polvo en un cajón de la oficina. No obstante Díaz, después de mirarme desafiadoramente a los ojos, inició la marcha.

Allí el paisaje no puede ser más exótico. Grupos aislados de palmeras rodean pequeñas casamatas de madera de uso particular, destinadas a albergar bañistas en los fines de semana.

Atravesamos una espesura de mangles rojos, sorteando sus raíces enhiestas como serpientes petrificadas.

Entonces quedó al descubierto una cabaña más grande que las demás, que el jefe de policía me señaló con un dedo.

Al aproximamos vi que se trataba de un reducto donde durante el día se alquilaban piraguas. Los conocía perfectamente.

Ya en más de una ocasión había venido hasta aquí por la noche, para enseñarle a alguna lo bonita y redonda que es la luna.

Últimamente habían puesto un guardia de vigilancia qué no dejaba enseñar la luna a nadie.

Díaz se detuvo ante la entrada.

A media voz musitó:

—Aquí es.

Por debajo de la mal encajada puerta oscilaba una tenue luz como la producida por una vela.

Entonces admití, llamándome idiota, que Andy estaba allí dentro igual que yo me hallaba en el planeta Marte.

Él no era hombre de paparruchas, capaz de encogerse ante nada ni nadie.

Pero ya era tarde.

Yo, cuando no ando diciéndole a alguna que quiero casarme, me meto en cualquier otro lío.

No tuve que decir a Díaz que pasara delante. Lo hizo por su cuenta, dejando la puerta abierta de par en par.

Del interior salió una tufarada de calor y olor a cuerdas podridas. Un enjambre de moscas zumbaban entre las barcas hacinadas, imitando el ruido sordo de un ventilador.

Al descubrir a Andy pisé el umbral sin ningún género de precauciones.

A mi lado Díaz me miraba sereno, como si además estuviera haciendo esfuerzos para no sonreírse. Entonces reuní mis escasas fuerzas para tumbarle de un puñetazo.

—¡Por ti, Andy!

Pero Andy no podía oírme.

Los muertos no escuchan.

CAPITULO III

La luz de la vela casi consumida iluminaba débilmente la escena a tono con toda la podredumbre y tragedia del local.

Andy se hallaba rígido, medio sentado sobre la panza volcada de una canoa. En el mismo centro de la frente, mostraba un agujero redondo y grande como una moneda de medio dólar.

Tardé en reaccionar. Cuando lo hice, grité de desesperación, dolor y rabia.

Díaz, sentado en el suelo, seguía contemplándome fijamente sin dejar de acariciarse la barbilla.

Fui hacia él como un loco, levantándole en vilo por las solapas. Yo quería matar. También. A quien fuera; daba lo mismo.

—¡Espere, por Dios, no sea loco…!

No me detuve por la pistola con la cual me apuntaba al pecho. Me hubiera dado igual tener emplazado en mi estómago la boca de un cañón.

Uno de los dos pudo morir. Probablemente yo. Y estoy seguro que en aquel momento no me hubiera importado.

—¿Quién ha sido? —rugí.

—¡Suélteme, Malone; así no adelantamos nada! —lo hice como un muñeco de cuerda; procurando con toda mi alma no mirar en dirección a la rígida cara de Andy cuajada de hambrientas moscas.

Díaz se arregló la corbata sin soltar de su mano derecha el revólver.

—Creí que su amigo le importaba un cuerno.

Yo no dije nada. No hubiera podido hablar. Tenía como una espina de pescado atravesada en la garganta.

Díaz, más tranquilo, prosiguió:

—Casi todo cuanto ya le he explicado es verdad. Su compañero me citó aquí para entregarme la carta. Yo, a cambio, era portador de los cien mil dólares… —algo advirtió en mi cara, chillando vehemente—: ¡Los llevo todavía aquí, en el bolsillo!



Luego la figura de un tipo gordo con una bata entró en mi plano visual.

—¿Quién lo mató?

—¡Déjeme explicarle! Lo encontré como ahora lo está viendo. Traté entonces de localizarle a usted y supe que estaba en el hospital. Cuando llamé por teléfono ya había usted abandonado Keystone.

Las moscas seguían zumbando.

Preferiría oirías moverse que adivinarlas sobre la cara de Andy. No me sentía bien. Otra vez las náuseas del maldito hospital me andaban subiendo y bajando por el estómago igual que un ascensor.

La voz de Díaz, sonaba lejana, mezclada con el ruido de las moscas, y el ruido del mar allá fuera, lamiendo la arena.

—Fui a la oficina a solicitar su ayuda. Cuando nada más empezar a hablar vi su desinterés, pensé en traerle aquí a ver si cambiaba de parecer.

—¿Qué quiere?

—La carta. Cuando su amigo aceptó el encargo sabía de sobra lo que se jugaba. Cien mil dólares no entran de premio en ninguna chocolatina. Siento lo de su amigo, pero sigo queriendo la carta.

Yo no tenía ganas de hablar. Lo que decía aquel fanático carecía de sentido.

—¡Déjeme en paz!

—¡Aumento la cantidad a ciento cincuenta mil!

Estaba loco con su dichosa carta.

Sin embargo, Andy había muerto por ese papel y los cien mil billetes.

—¿Por qué, yo?

—Porque usted tiene más motivos que nadie para encontrar el documento y al que ha hecho esto —señaló al cadáver con la cabeza—. Cuenta con una semana para decidirse. Salgo mañana mismo en avión a San Belisario. Cuando se considere dispuesto a aceptar telegrafíe a esta dirección y le será enviado el pasaje con el dinero necesario.

Me tendió una tarjeta que acabó metiéndome en el bolsillo, al no recogerla yo.

Le volví la espalda con indiferencia para mirar nuevamente el cuerpo de mi mejor amigo.

No había pasado nada en la guerra. Tenía que ser aquí; sin pena ni gloria. ¡Entre cuatro tablas sucias llenas de ratas, perdido en un lugar oscuro y miserable!

«Así no se muere, Andy. Tú merecías otra cosa.»

—Adiós, Malone. Medite mi oferta.

Casi chillé entre dientes al advertirle:

—¡Todavía no le he dicho que se vaya!

Quedó quieto a mi espalda todo el rato que yo estuve rezando.

«No puedes quedarte aquí, Andy. No quiero dejarte sirviendo de

comida a esas puercas moscas.»

Como si tocara algo muy frágil, le estuve registrando.

Nada.

Quien le asesinara, había descosido casi todas sus ropas dejándole medio desnudo.

—¡Vámonos, Malone! ¡Si le descubren aquí, junto al cadáver de su amigo, puede verse metido en un serio aprieto!

Esa era la segunda parte.

Iba a encontrarme con Fulton como éste me prometiera, mucho antes de lo dispuesto.

Creo que sostuve conmigo mismo una lucha terrible.

Andy, inmóvil, parecía aguardar tranquilo mi decisión, sentado extrañamente entre las quillas blancas de las piraguas, iguales éstas que grandes peces muertos con la panza hacia arriba.

Muerte. En todas partes.

Salí de mi marasmo a la voz preventiva de Díaz:

—¡Viene alguien, Malone, vámonos!

Ya era tarde. Ante la puerta crujió la arena pisada por alguien igual que una tostada de pan caliente.

Di un manotazo a la vela sin conseguir apagarla, cayendo ésta entre un laberinto de remos y cordeles.

—¿Quién anda ahí?

Díaz, más cerca del umbral de entrada que yo, disparó un enorme corcho sobre la cara del vigilante, rodando el hombre por el suelo.

Ahora sí que supe el qué decidir.

Ser detenido junto al cadáver de Andy, equivalía a hacerse responsable director de su asesinato.

Díaz y yo saltamos como liebres sobre el cuerpo abatido del vigilante, emprendiendo una veloz carrera sobre la almohada de tierra.

Sonaron dos disparos a nuestra espalda en el momento de internarnos entre los mangles.

Se oyó el ruido del plomo al perforar las ramas. Los zapatos llenos de arena impedíanme correr a gusto. Díaz, ante mí, salvaba las encrespadas raíces de mangles con más limpieza que un saltador de vallas.

Fue entonces cuando, por mirarle a él, se enredaron mis pies con un arbusto, dando de narices en tierra.

Hice bien en quedarme inmóvil, pegado a la espinosa planta como una sombra más de ella. El vigilante, pistola en mano, pasó a menos de diez pies de mí corriendo como un gamo y sin advertirme.

Entonces yo volé en dirección contraria, maldiciendo ahora que en el hospital no me hubieran dejado comer cuanto tenía en gana.

Sentía mis articulaciones débiles como si fueran de cañizo.

Paré, a fin de respirar, advirtiendo algo que acabó de helarme la

sangre.

A distancia, donde debiera encontrarse la cabaña, una enorme pira de humo y fuego se alzaba al espacio.

«No, Andy. Esa no es forma de morir.»

CAPITULO IV

Me quedé allí, parado como un estúpido, con los pies hundidos en la arena.

Era yo quien había provocado el incendio.

Yo, quien iba a incinerar el cuerpo de Andy como un tronco inservible.

Tuve que dejarme caer de rodillas, abrumado, sin fuerzas.

No sé cuánto tiempo permanecí así. Puede que fueran segundos, aunque a mí me parecieron horas.

A distancia, retumbó en la playa el eco de varios disparos, acompasados con el silbido peculiar de un motor rodando a toda marcha.

Díaz huía por la carretera de las dunas, consiguiendo burlar a su perseguidor. Fue esto lo que me hizo reaccionar, poniéndome en pie con cierta dificultad. Tenía que salvarme como fuese.

El aire del mar despejó algo mi cabeza, sintiéndome nuevamente dueño de mis actos.

Casi a gatas, gané un grupo de palmeras al borde de la carretera, volviéndome nuevamente para mirar con dirección a la incendiada cabaña. El resplandor no parecía ahora tan intenso.

Pensé, para reconfortarme, que quizá el vigilante, frustrada su persecución, intentaría atajar el fuego.

De buena gana hubiera acudido a ayudarle. Afortunadamente, pudo más mi sentido común, e inicié la retirada sin aventurarme por la carretera, suponiendo, con lógica, que el guardián no tardaría en dar conocimiento desde el primer teléfono a mano.

Ya en el Boulevard de Topanga, recostado sobre una palmera, me entretuve en quitarme toda la arena almacenada en mi cuerpo, desde el pelo hasta la punta de los calcetines. El asunto me llevó un buen rato poniendo en ello mis cinco sentidos a fin de no pensar de momento en otra cosa.

Creo que cuando acabé, estaba ya algo más tranquilo.

El complemento hubiera sido un buen trago de whisky. Lo habría bebido aun mezclado con alquitrán. Pero no había whisky de ninguna clase o, más concretamente, dinero para comprarlo.

Anduve como un sonámbulo, metidas las manos en los bolsillos, hasta Spedway. Allí tomé asiento en un banco al borde de la avenida.

Olía a mar y a flores.

Igual que si éste fuera el rincón más apacible de la tierra. Un lejano aparato de radio comenzó a tocar una delicada canción de amor, donde alguien daba las buenas noches a su novia.

Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no liarme a patadas con el banco.

Nada de todo esto era cierto. Los Angeles es una ciudad hermosa como una planta carnívora: uno mete la cabeza extasiado para olería y le devora crudo.

Miré el reloj sabiendo que me importaba un comino la hora.

Mañana seguiría oliendo a jazmines y a brisas de mar. A pesar de los periódicos amenizando el desayuno de dos millones de habitantes, con Andy muerto en un estercolero, o un cadáver anónimo convertido en carbón.

Esa, era la realidad.

Sin embargo, bien mirado, Díaz había tenido razón al afirmar de Andy que éste «sabía de sobra lo que se jugaba». Nadie nos obligó a elegir nuestra profesión. Uno puede dedicarse al cultivo de rosas, o simplemente a ser consumidor de las mismas en forma de corona.

Estuve así, pensando, hasta sentir el banco frío y demasiado duro debajo de mi persona.

Al ponerme de pie, mis huesos crujieron como si estuvieran mal ensamblados por defecto de fábrica.

«Lo siento, Andy; es la perra suerte de cada uno.»

Juro que yo no estaba conforme. Ni siquiera resignado. Un sincero amigo no es una corista, a quien para encontrarla basta sentarse en la puerta trasera de un teatro.

«No, Andy…

…Nadie nos obligó a elegir profesión».

* * *

Iba a dormir en la oficina.

No era la primera vez, aunque sí pedía a Dios que ésta fuera la última. Yo me acostumbro a todo, menos a no tener ni blanca.

Me consolé pensando que, al menos, todavía me quedaba la oficina.

Al doblar la esquina del Aviation Boulevard con Rosecrans, me llevé, sin embargo, una regular sorpresa.

Fulton, con dos «mastines» de su jurisdicción, me aguardaba en el portal del edificio Rosecrans.

Ellos me descubrieron casi al mismo tiempo. No hicieron nada. Es posible que esperaran que escapara a correr. Nada más lejos de mi intención, sobre todo ahora que una cosa se mostraba bien evidente: Habían descubierto e identificado el cadáver de Andy.

Se cumplía lo predestinado por Fulton; nos volvíamos a ver, con bastante desventaja por mi parte.

Me detuve cachazudo a varios metros de ellos para encender despacio un cigarrillo. El teniente, desde la puerta, me miraba con ojos salientes de perro avaricioso. A mis espaldas casi sentí el aliento en las orejas de algún otro segundón a las órdenes de Fulton.

Debía venirme siguiendo desde la esquina. Si yo hubiera intentado dar marcha atrás al descubrir el portal lleno de guardias, este perdiguero me habría atrapado igual que un conejo.

—El teniente quiere verle —dijo una voz en mi cogote.

—Que se espere.

Entonces hizo algo que no me gustó: Empujarme.

Fue un empujón leve, suave, casi una sugerencia; poca cosa si a mí no me reventara el que me rocen cuando estoy en «período radioactivo».

Di media vuelta, tirándole la cerilla encendida al rostro.

—¡Si vuelves a tocarme te pisoteo la cara!

Pero ya Fulton había acortado distancias viniendo hasta nosotros con su cara de policía en activo.

—¡Vaya, Malone, nos volvemos a encontrar!

—Ese saludo es una vulgaridad.

Sonrió con las mismas ganas que lo haría Frankenstein al pillarse un dedo con una puerta.

—¿Qué diría a su juicio un teniente de policía cuando interroga a alguien sobre un cadáver servido a domicilio?

No acabé de entender bien lo que me decía, aunque presentí algo raro en el estómago.

—¿Qué domicilio? —interrogué.

—El suyo, Malone, o mejor dicho: su oficina.

Estuve a punto de tragarme el cigarrillo.

Yo ya tenía ensayada la sorpresa que había de causarme la muerte de Andy, pero el que alguien hubiera aprovechado la persecución en pos nuestra del vigilante de la playa, para sacar de la cabaña el cadáver de Andy y traérmelo a casa como el que manda un ramo de gladiolos, me consternaba hasta la paramnesia.

Los subalternos de Fulton habían ido acercándose a nosotros, formando en la acera un pequeño corro.

—Vamos adentro, teniente; aquí parece que vayamos a jugar un partido de rugby.

Anduvimos hasta el ascensor. Había guardias por todas partes como si en el interior del edificio se celebrara el baile anual para Hermanos del Cuerpo. Yo, más que pensar en cómo y por qué diablos estaba ocurriéndome todo esto, pedía interiormente que se abrieran las baldosas para tragarme con la corbata puesta.

Antes de tomar el ascensor, precedidos por toda una corte policial con suelas de goma, Fulton me volvió a sonreír con gesto de enfermo de

estómago.

—¿Qué respuesta se le ocurre ahora, Malone…?

—No sé de qué historias me está hablando —repuse con malhumor—. Si lo que quiere es justificar algún trabajo en su hoja de servicios, tráigame una cuartilla y le escribiré de qué forma le robé la dentadura postiza al león de la «Metro».

No volví a hablar. Ignoro si él me hizo alguna pregunta; la ascensión hasta el noveno piso la realicé meditando fervientemente en qué era lo que ahora me iba a convenir decirle.

En la planta había más policías, demasiados a mi juicio, o es que ya comenzaba a ver doble. Ante mi puerta, uno montaba guardia. Podía percibir con claridad, dimanante de la oficina, el ruido característico de toda una plantilla de sabuesos en funciones. Un relámpago fotográfico brilló a través del cristal traslúcido.

Tragué saliva. Ya no había lugar a dudas; cuando la policía retrata algo, malo.

—¿Todavía no siente curiosidad, Malone?

Fulton apoyaba su mano en el picaporte. Ahora era él quien me hacía aguardar a mí. Yo tenía que demostrar sorpresa; él lo esperaba así, consciente de que iba a hacer comedia. Por si fuera poco, taladró mi cerebro diciendo lo que más podría desconcertarme.

—Vamos, Malone; prepárese a demostrar mucha sorpresa.

Me sentía vencido y enfermo. Casi sin facultades físicas para saber defenderme, cosa que en cualquier otro momento no me hubiera sido difícil.

—No va a haber sorpresa, Fulton. Serví muchos años de jornalero uniformado para saber que detrás de esa puerta hay un fulano muerto. Usted mismo me lo ha insinuado abajo.

Sonrió bizcando los ojos sin separar su mano del picaporte.

—¿Un fulano muerto…? —dijo.

Entonces empujó la puerta, teniendo yo que apoyarme en el quicio de la misma para no caerme.

Mi sorpresa fue sincera.

Todo lo sincera y dolorosa que pude sentir, al descubrir el cadáver de Carla sentado en mi sillón, tras de la mesa.

CAPITULO V

Fueron unos desconcertantes momentos de total ausencia. Como si uno tampoco perteneciera ya a este mundo, o lo contemplara en un solo plano focal con ojos de vidrio.

No sentí nada, porque a veces la sorpresa anestesia la facultad de sentir y pensar.

Alguien dijo algo, que me sonó grave y lejano como deben sonar las trompetas del otro mundo.

—No se parece en absoluto a «un fulano muerto».

No. No se parecía.

Por todo atuendo, el hermoso cuerpo de la que fuera mi novia, lucía solamente una leve combinación color azul.

Su rostro estaba retorcido por el dolor…

En muchas partes delicadas, su piel parecía quemada con la punta de un cigarrillo. Tenía las manos atadas a los antebrazos de la butaca.

Sentí la sangre bailando en mi cabeza como si mi cráneo fuera una coctelera. La habían atormentado…

¡La habían hecho morir de dolor!

Me sorprendió oír mi propia voz diciendo roncamente:

—¡Tápenla!

—¡Le prohíbo que toque nada, Malone!

Comencé a quitarme la chaqueta despacio; como si mis músculos fueran de cristal.

Fulton surgió a mi lado cual una borrosa sombra.

—¡Le digo que no toque nada!

—Al que intente impedírmelo lo mato.

Pocas veces en mi vida he prometido nada que estuviera más decidido a cumplir. Todos debieron comprenderlo sin atreverse a intervenir.

Cubrí delicadamente el cuerpo de Carla con mi chaqueta, meditando con pesar en la inmensa distancia que, ahora más que nunca, nos separaba.

No era amor; ya no lo había. Días antes ella había atentado contra mi vida y a pesar de eso, ahora sólo sentía por mi ex novia una especie de infinita compasión y ternura. La muerte, generalmente, atenúa o varía el valor de las cosas.

Fulton, con su voz antipática, me hizo descender a la tierra:

—Su dolor ha sido muy explícito, Malone; pero el número de la

chaqueta sobraba. Después de todo, ni existen motivos para que usted se muestre tan conmovido, ni para que ella coja frío.

Le pegué en la boca con el puño cerrado.

Lo hice como si en ello me fuera la vida. Hoy me extraña que del impacto sólo perdiera varios dientes y no le explotara la cabeza.

Después de esto la cosa ya no tuvo remedio, saltando la espoleta que hizo estallar mis nervios como si éstos se compusieran de trilita.

Ignoro si fui yo quien avanzó sobre los hombres de Fulton, o fueron los hombres de Fulton los que cayeron sobre mí.

Estaba ciego. De rabia, de sorpresa y de consternación.

Disparé los puños en el aire tocando algún cuerpo blando, casi al mismo tiempo de sentir un dolor lacerante en mis recientemente cicatrizadas heridas.

Luego la habitación se hizo para mis ojos repentinamente oscura, como si alguien acabara de apagar la luz.

* * *

Era la segunda vez, en muy poco tiempo, que abría los ojos en una enfermería, aunque ésta difería de la primera en un punto bastante importante: Las verjas de hierro que resguardaban las ventanas.

Fue ese el primer detalle que percibieron trabajosamente mis pupilas, después de forcejear tratando de mover los párpados hinchados.

Luego la figura de un tipo gordo, con una bata que normalmente debiera ser blanca, entró en mi plano visual. Con unas pinzas depositó sobre mi cara una gasa mojada en algo.

No noté nada. No hubiera notado nada aunque un elefante hubiese elegido mi rostro como plataforma para partir nueces con una pata.

—¡Vaya, Malone o el gato de siete vidas! —dijo el médico sin dejar de maniobrar—. Sin ti, muchacho, ¿qué sería de la industria del algodón hidrófilo en América?

Quise contestarle, pero no pude; tenía los labios hinchados como morcillas. Me limité a rugir con la garganta en un tono que ya hubieran envidiado en cualquier sala de doblaje.

—No te pongas así, hijo. Debe consolarte el saber que están buscando los dientes de Fulton con un aparato de radar.

Me consolaba.

Pero esto no era suficiente para aliviar mi situación crítica, con el cuerpo molido a golpes, y siendo además atendido en la enfermería de la jefatura de Hawthorne por el teniente médico Zhurovsky.

El hecho, en sí, resultaba singularmente significativo:

Yo estaba detenido.

Lancé un gemido como si estuviera «disfrutando» ya las primicias del fin del mundo.

—¿Qué te pasa, chico? ¿Duele?

Zhurovsky era un sujeto ya maduro, con muy poco de policía, y con todavía menos de médico. Yo simpatizaba con él, a pesar de como me trató aquellas anginas, estando a punto de dejarme afónico para toda la vida. Conmigo tenía dos cosas en común: se moría por el whisky bebido en buena compañía, y detestaba a Fulton.

Intenté mover el cuerpo, notando mi esqueleto dividido en fragmentos del tamaño de azucarillos.

—¿Huesos rotos? —musité trabajosamente.

—No, que yo sepa. Se te abrieron un par de heridas mal cicatrizadas. Debías haberte quedado unos días más en el hospital, ahorrándote de paso todo esto.

Debió interpretar a las mil maravillas el modo interrogante de mi rostro, cuando acto seguido comenzó a explicarme:

—Sí, chico; estás detenido. No por lo de la pelea. Se trata de la chica; dicen que la *tostaste* por lo que te hizo el día de la boda… ¡Bueno, dicen…! ¡Quien en realidad lo dice, es ese majadero de Fulton!

Guiñó un ojo al añadir:

—De ninguna de las dos cosas hay pruebas. Yo sé que ni ella se lió a trabucazos contigo, ni tú la tomaste por mi cenicero.

Como siempre, se colaba en algo. No dije nada.

Otra vez cansado, molido y enfermo. Las sábanas sobre las que me encontraba, resultaban ásperas como sacos de arpillera. Cerré los ojos comenzando a pensar aceleradamente en todo lo últimamente acaecido, sintiendo mareos y un terrible dolor de cabeza.

Alguien buscaba una carta que valía por lo menos cien mil dólares. Por ella habían matado a Andy, y probablemente, también a Carla. Sin embargo, no me cabía en la cabeza qué relación podía tener mi antigua novia con el asunto, y mucho menos los motivos que la impulsaron a jugar conmigo al tiro al blanco, momentos antes de la boda. Para volverse loco.

—¿Cómo dices, muchacho?

Estaba hablando en voz alta. Repetí:

—Iré a San Belisario.

—¡Desde luego, hijo; pero déjalo para otro día; creo que a Fulton se le ha perdido la llave de la calle! ¿Algo más?

No había más; ni siquiera ganas de broma con una acusación de asesinato sobre mis maltratadas costillas, si es que no acababan de localizar e identificar también el cadáver de Andy.

De no ser así, le hubiera ordenado a Zhurovsky, que el desayuno no me lo llevaran a la cama antes de las once.

* * *

Tuve mala suerte.

La semana que siguió a los anteriores acontecimientos, no hubo en la

ciudad de Los Angeles y sus alrededores ni un maldito intento de homicidio. Quiere esto decir, que la primera plana de toda la Prensa sensacionalista, la acaparó de pleno este servidor, con el relato de mi marcha nupcial y acompañamiento a tiros, pasando por aquel gato, que de pequeño al ir a la escuela tuve la mala fortuna de atropellar con una bicicleta.

Resultó que yo padecía no sé qué complejos, algo de chifladuras y que además odiaba a las mujeres. Aquí me dio un ataque de risa y se me soltaron varios puntos.

Treyton, el fiscal de turno, vino a los dos días justos de estar internado en la enfermería.

Era un tipo joven, oliendo todavía a cáscara de huevo. Saltaba a la vista que su papá reventaba de dinero. Uno de esos sujetos que prefieren morir de hambre antes que comer un pescado con los dedos.

Yo no lo había tratado personalmente, pero sabía por referencias que ardía en deseos de abastecer él solito, todas las cárceles del Estado, aun a costa de declarar a su padre cómplice del asesinato de Abraham Lincoln. Ni poniendo Fulton un anuncio en él periódico, hubiera encontrado algo más de su agrado.

Treyton llegó ante mí con toda una corte de policías y taquígrafos. Me alegré al notar la falta del teniente.

—¿Usted es Casey Malone? —me preguntó sabiéndolo de sobra.

—Eso creo; pero como tuviera que reconocerme mi madre, le iba a costar un poco de trabajo —repuse señalándome los hematomas.

—Con anterioridad he oído hablar de usted, Malone, y no muy bien precisamente.

—Lo siento. Cuando salga de aquí pediré prestado a la «Paramount» un agente de propaganda.

A todo un fiscal no se le puede hablar así, aunque mi gusto hubiera sido el mandarle todavía un poco más lejos. Se marchó después de medio matar a los taquígrafos de cansancio, diciéndome a gritos, poco más o menos que estaba a punto de conseguir una prueba con la cual me llevaría de la mano hasta la cámara de gas.

Según el fiscal, de idílico acuerdo con la policía, después de salir del hospital, yo había citado a Carla en mi oficina. A ella la vio llegar el portero sobre las nueve de la noche sorprendiéndole su presencia en el edificio, dado lo que ya habían insinuado varios periódicos con motivo de su misteriosa desaparición a raíz de lo *mío*. El hombre pensó en el primer momento avisar a la policía por si se repetía el asunto; luego cambió de parecer, diciéndose para sí que cada cual viviera su vida.

Ya no vio salir a Carla. En el edificio entró mucha gente, pero todos parecían saber a dónde iban.

Eso era todo.

Yo me guardé muy bien de reconocer mi presencia en el despacho unas horas antes de «aquello».

Ya no pensaba en Andy, ni en Carla, ni en nada que no fuera el salvarme a mí mismo.

El porvenir se presentaba para Casey Malone en forma de partida de defunción a fecha fija. El miedo que tenía, podía valer para rellenar siete películas de fantasmas.

Al décimo día vino Fulton. Yo, para entonces, me levantaba de la cama y hasta andaba un poco, no mucho; lo suficiente como para que no me dieran de alta mandándome a una celda. En este extremo, Zhurovsky, con la amistad y su desastrosa pericia médica, ponía de su parte más de lo necesario.

Fulton entró, queriendo dárselas de gallito.

—Si no se hubiera comportado como lo hizo, no se encontraría usted ahora en la enfermería, Malone.

Me eché a reír. De buena gana le hubiera demostrado que era capaz de trepar hasta la antena del Empire State con una sola mano. Le miré fijamente.

—No se preocupe por mi comportamiento y estudie el suyo, teniente…, ahora que está usted en la edad de echar los dientes.

—¡Están tardando demasiado en juzgarle, Casey! —rugió poniéndose escarlata—. ¡De todas formas me consuela saber que un criminal peligroso como usted no saldrá de ésta!

En eso, tampoco yo las tenía todas conmigo.

Fulton me hizo luego varias preguntas a cuál peor, intencionadas, que de haberlas contestado a su gusto, me habrían valido a cambio por lo menos diez penas de muerte.

Dos días después, Zhurovsky no tuvo más remedio que dar el alta, pasando de la cama con muelles a una litera con jergón de paja. Fue ahí donde empecé a saborear la verdadera catástrofe en su gráfico más alto.

La prueba decisiva que esperaba Treyton cayó sobre mi cabeza cuando menos podía yo imaginar, igual que ocurrió en Hiroshima con la bomba de marras.

Un día me sacaron «para ir a ver al fiscal.

Se hallaba éste en su despacho con toda su acostumbrada corte de relumbrón, y un nuevo personaje cuya sola visión hizo que se me pusiera la carne de gallina.

Era moreno, de pelo abundante y bien peinado, vestía de blanco igual que cierto sujeto que días atrás me visitara en la oficina y hablaba el inglés como si lo hubiera aprendido en discos.

No era Díaz, pero olía a ciudadano de la República de San Belisario, como si en ese país hicieran a la gente con molde.

—¿Reconoce usted a este hombre? —le preguntó Treyton con voz

profunda.

La respuesta que dio el muy sarnoso me dejó atónito:

—Sí, señor. Este es el sujeto que el día seis de agosto a las ocho y diez de la noche, subió conmigo en el ascensor del edificio Rosecrans, apeándose en el piso noveno.

Cuando me rehíce de la sorpresa salté sobre él igual que un gato rabioso.

No pasó nada gracias, a la presteza de los policías presentes, salvo el tintero que volqué involuntariamente sobre el impoluto traje de Treyton.

No me dejaron hablar nada y salí de allí conducido en volandas como si temieran que fuera a coger frío en el despacho del fiscal.

Fulton vino con nosotros en el coche.

Fue una fatalidad el ir esposado con las manos a la espalda.

Hubiera adelantado muy a gusto en una semana mi paseo hasta el patíbulo, con tal de hacerle tragar entera su dentadura postiza.

* * *

Treyton creía tenerme ya atrapado como un ratón.

Y, en realidad, así era. Por esto el juicio no se hizo esperar.

Me enviaron un abogado con gafitas y cara de atontado, cuya procedencia no me molesté en averiguar. Recalcó que persistiera en mi declaración de no haber pisado para nada el edificio. Sin que él me lo indicara, ya pensaba hacerlo por la cuenta que me tenía.

En una de las últimas declaraciones, el fiscal me interrogó sobre el paradero de mi antiguo socio. Dije que no sabía nada, y éste no insistió, por lo que deduje que el cadáver de Andy no había sido identificado.

Y el juicio llegó.

Treyton hizo mi presentación al jurado como si lo más prudente hubiera sido sacarme a la sala en una jaula.

Luego puso en escena al ciudadano de San Belisario, con el triunfal aplomo del que cree mostrar al mundo la cuadratura del círculo, o el movimiento continuo.

Movimiento sí que hubo.

Yo fui el primero en saltar de la silla cuando a mi abogado, el de las gafas, le llegó, el turno de interrogar al testigo.

Resultó que el ciudadano de San Belisario no estaba muy seguro en principio de que el tipo que subiera en el ascensor. con él, fuera yo.

Al final, el individuo que se apeara en el piso noveno, iba vestido con un traje verde, tenía el pelo rizado, los ojos azules y la cara cubierta de viruela.

Treyton se agarraba a la barandilla del estrado como si le fuera a dar un ataque.

Entonces mi defensor intervino demostrando tener un pico de oro. Habló de la guerra de Corea y de varias medallas que me dio Mac Arthur a

cambio de seis semanas en un hospital.

El veredicto del jurado fue: No culpable.

Me abalancé sobre el abogado para abrazarle como no lo he hecho con ninguna mujer en este mundo, diciéndome el de las gafas algo que me dejó pensativo:

—No me dé las gracias a mí.

Cuando conseguí sacudirme la turba de fotógrafos y salir a la calle, lo primero que acudió a mi memoria fueron los doscientos dólares que Andy en su última carta afirmó enviarme.

Desgraciadamente, a él jamás le harían ya falta.

Los cobré. Empleé cinco dólares en comprar un ramo de rosas que con una tarjeta mandé a Treyton. Existen muchas formas de devolver «favores» a la gente.

Luego encaminé mis pasos hacia la oficina con la seguridad de que, en esta ocasión, mi archivador habría sido arrojado a la basura. De cualquier forma, yo era un hombre libre, y el sol lucía como, suele brillar en los días de parada militar.

En el primer bar que encontré a mi paso entré para recordar qué sabor tenía el whisky.

Digo que el gusto hubiera sido delicioso a no ser por la sorpresa que me produjo la desfachatez del individuo que casi pisándome los talones, tomó asiento a mi lado.

Creo que derramé algo de líquido sobre mis solapas al descubrir mirándome sonriente al testigo ciudadano de San Belisario.

—¡Hola! —dijo.

—¡Y un cuerno! —bramé—. No sé si debo darle las gracias o partirle la cabeza.

—Debe dar las gracias al señor Díaz —concluyó afable con su inglés de a dólar el disco—. El juicio no se celebraba porque al fiscal le faltaba una prueba concluyente. Es muy precipitado ese señor Treyton. Lo mejor fue el crearle una prueba aparentemente sólida, para luego, en el juicio, quitársela nuevamente. Ahora, una vez declarado inocente, ya nada podrá acusarle de ese asesinato.

Dijo esto con la mayor sencillez, como si me estuviera afirmando que la tierra es redonda.

Debí poner cara de estúpido, abriendo la boca como un tragabolos. Media vida dedicado a andar en estas cosas y ahora llegaba un bisoño con el pelo untado de brillantina, para demostrarme cómo se le puede tomar el pelo a un fiscal.

Me bebí un vaso de un solo trago.

—A cambio, su jefe espera que yo vaya a ese San No-sé-cuántos.

—¡Oh, no! Él estaba en deuda con usted por haberle mezclado contra su voluntad en algo que no le concernía. Quiso ayudarle simplemente. No

obstante, si está dispuesto a ir a San Belisario, el señor Díaz me encargó que le dijera que mantiene su oferta.

Tanto el señor Díaz, como el joven untado de brillantina, como el que suscribe, Casey Malone, sabíamos que yo estaba dispuesto a emprender el viaje aunque fuera a gatas.

Pese a eludir pensar en ello no había olvidado ni por un momento la trágica muerte de mi amigo y de Carla. El dinero era lo de menos, a pesar de que me guardé muy bien de decírselo a mi oponente.

—Iré a ese pueblo con ustedes.

—¡Estaba seguro de que aceptaría! —dijo con los ojos brillantes, demostrando por lo menos ser sincero. Sobre la mesa depositó un sobre blanco añadiendo—: El señor Díaz me encargó que le diera esto a cuenta. Saldrá mañana por la mañana en el avión de las once y media del aeropuerto de Hawthome. Yo iré también, pero usted fingirá no conocerme. Una vez en San Belisario recibirá órdenes.

Se fue. El «algo» que contenía el sobrecito eran mil quinientos dólares en billetes de cien. Creo que los conté por lo menos veinte veces; hacía siglos que no tocaba tanto dinero junto.

Al tercer whisky salí de allí con las ideas ordenadas en mi cerebro, aunque no muy seguro del resultado de la empresa en que iba a aventurarme.

Luego dediqué el resto del día a comprarme algo de ropa, poner al corriente el alquiler de mi oficina, y encargar dos funerales.

CAPÍTULO VI

No esperaba que durante mi ausencia fuera nadie a la oficina para encargarme el rescate de las joyas de los Romanoff.

Inclusive, si se me apura mucho, no desechaba del todo la peregrina idea de que tal vez mi ausencia se convirtiera en crónica, sentando plaza perpetua en el cementerio de San Belisario.

A pesar de todo puse un letrero pegado al cristal de la puerta de la oficina, diciendo:

CERRADO POR VACACIONES

Lo que no especifiqué, fue la duración de las vacaciones. Eso ni yo mismo lo sabía.

La mañana de mi marcha se presentó ya cálida como si el sol presagiara tener fiebre.

Llegué al aeropuerto casi con una hora de adelanto.

Tenía la boca amarga y la cabeza cargada, pese a que la noche antes solamente había tomado diez o doce dobles de whisky. Me senté en el bar para matar un poco el tiempo, pidiendo un té bien cargado y tres aspirinas.

Sabía todo a gasolina.

Pedí otras dos aspirinas que tomé con un doble de whisky, y en está ocasión puedo asegurar que me sentaron mejor. Fumando un cigarrillo me quedé casi dormido, hasta que una voz a mi lado dijo algo remotamente comprensible:

—Se está usted quemando la corbata.

Di un respingo, sintiendo en mis mismas narices un inconfundible olor a quemado. Saltando de la banqueta sacudí la corbata sin poder ya evitar el estropicio hecho por el cigarrillo. La prenda era de seda italiana, y el día anterior me acababa de costar diez dólares. El boquete chamuscado tenía suficiente diámetro como para meter por él la cabeza.

Levanté el rostro desolado para dar las gracias a quien me advirtiera del desastre, quedando momentáneamente traspuesto.

Todo el mundo ha visto mujeres bonitas en su vida, con aquello, y lo de más allá, exactamente y como a nosotros nos gusta.

Esta era algo aparte. Tenía de todo, y ese todo, lo sobrepasaba en mucho a través de lo que pueda soñar el más exigente.

No era como Lili, ni ese otro tipo de mujeres que suele adornar los calendarios del «Equire». Era suave y delicada, igual que suelen describir en los cuentos a las princesas.

Tenía el pelo largo y brillante en un bello matiz natural de cobre, a tono con la piel de su cara bronceada. Al sonreír, relucían sus dientes sobre el conjunto caliente, como dos crestas de espuma que brillaran a la luz del sol. En contraste, sus ojos eran verdes. No un verde corriente, sino el verde de las algas en el fondo del mar; el verde del Océano cuando recibe la claridad del día; el verde de todas las florestas del mundo al llegar la primavera.

Puede que todo eso y mucho más, unido al cuerpo que sirvió a Fidias para crear la Venus de Milo.

Al mirarme, sonreía moviendo sus largas pestañas sin pizca de afectación ni coquetería. Nada en ella resultaba provocativo; por el contrario, parecía una vestal, pura y transparente como una gota de rocío.

Yo sé cómo hablarle a una mujer en todos los terrenos. Hubo una época que vendí a domicilio aspiradores y baterías de cocina. Conozco de todo, y sé lo que se debe empezar a decir en cada caso.

Aquí musité solamente: «Gracias». Y eso después de desatrancar con dificultad toda la saliva estancada en la garganta.

Volvió a sonreír, y con un armonioso «De nada», se alejó andando como sólo podría hacerlo Terpsícore, caso de abandonar el Olimpo para pisar este complicado mundo.

Ignoro en lo que estuve soñando después que hubo desaparecido por la puerta de la terraza camino de las pistas.

Yo sé comer con cubiertos de pescado, y si me apuran, hasta dar una conferencia de tres o cuatro horas, diciendo por quién hay que votar, o cómo se caza a un asesino. Pero de todas formas, aun haciendo todo eso, una chica así no es para uno.

Pedí otro doble de whisky, esta vez sin aspirinas. Después de pagar mi consumición, salí a la sala de espera y compré varias revistas donde suelen venir retratadas ese tipo de mujeres a las cuales está más acostumbrado uno. Mi maleta, entregada en consigna, reposaría ya dentro del avión.

Me disponía a leer cuando los altavoces empezaron a sonar llamando a los pasajeros para San Belisario.

El aparato relucía al sol como si fuera de plata.

Lancé por última vez una mirada de despedida al cielo de Los Angeles.

—Pasaje, por favor.

Estaba en regla. Una azafata casi me condujo de la mano hasta mi asiento junto al cristal de la ventanilla. De propina la regalé una sonrisa, que ella agradeció con el mismo entusiasmo comercial que habría dedicado al hijo de Drácula. De todas formas, yo pensaba en otra mujer de cara tostada y ojos verdes.

*   *   *

No me gustan los viajes en avión.

Me pone nervioso el ir tan alto, sin un cable que le sujete a uno desde alguna parte, ni red de seguridad debajo, ofreciendo tranquilizadora acogida en un «por si acaso».

Los motores comenzaron a trepidar. A partir de ahora lo estarían haciendo durante ocho horas. Por lo tanto me preparé a dormir.

Yo moriré aplastado por un autobús. Cuando pienso en algo, no me fijo nunca en lo que me rodea.

A ella es que la presentí, igual que se presiente algo trágico o maravilloso.

Al otro lado del pasillo, exactamente al nivel de mi butaca, con sus ojos verde mar contemplándome divertida, como si le sorprendiera el volver a encontrarme con mi corbata agujereada.

Su compañero de butaca le dijo algo al oído ayudándola a ajustarse el cinturón de seguridad. Ella desvió la mirada para hablar sonriente con el hombre a su lado, comprobando a un tiempo la correa ceñida a su esbelta cintura.

No hacía falta ser un lince para ver que hacían el viaje juntos. Sin embargo, esa no resultaba, la parte más extraordinaria del asunto.

Su atento acompañante, era el «ciudadano» de San Belisario que hiciera recientemente de testigo corto de vista en el juicio seguido contra mí por asesinato.

CAPITULO VII

Ni pude dormir, ni hice el viaje a gusto.

La rubia ya no volvió a mirarme en todo el trayecto, y mucho menos el ciudadano de San Belisario, para el cual yo no parecía ni haber nacido.

Así fue como avistamos nuestro destino.

Desde el cielo, su conjunto aglomerado de casas blancas, parecía un pequeño pañuelo puesto a secar al sol sobre la hierba. Tuve que cerrar los ojos cuando el aparato comenzó a describir amplios círculos perdiendo altura.

San Belisario.

Las casas y el perfil entero de la ciudad fueron adquiriendo tamaño. Desde mi asiento, vi cómo las vidrieras de la moderna torre del aeropuerto hacían guiños igual que un espejo de mano manejado por un muchacho.

Al final pudo sentirse levemente el deslizar de las ruedas sobre la pista de asfalto, y las cosas recobraron su volumen normal.

—¡Ya pueden soltarse los cinturones!

Resulta que yo, ni me lo había atado.

Cedí el paso a la rubia de ojos verdes a costa de detener a la mitad de los viajeros en su turno de descenso a tierra.

Si la mirada agradecida que me lanzó se hubiera podido guardar en una caja, a estas horas estaría yo muerto de gusto.

Por el contrario, su acompañante puso gesto de haberse tragado un paraguas abierto. No me di por enterado y dejé que pasara más gente, guardando una distancia prudencial entre nosotros al llegar a la Aduana.

Un ceremonioso agente, uniformado igual que un almirante, me revolvió la maleta como si dentro de ella se le hubiera perdido el pasador de alguna medalla. Al final me quedé sin cuatro botellas de whisky, cuya marca y precio en dólares prefiero no recordar en este momento.

Se llevó en un ademán sumamente correcto los dedos rígidos al borde de la gorra, diciéndome en afable español que podía seguir mi camino.

Yo repuse a mi vez con un inglés pasado por chiclé:

—Así te sirvan de veneno, chimpancé.

Lo entendió.

Volvió a revisar la maleta, me hicieron desnudarme en una habitación. Me vacunaron contra la viruela, el tifus y no me bañaron en una tina de arsénico porque no se les ocurrió.

A las tres horas y cuarenta y siete minutos de sacarle partido a todas las normas aduaneras habidas en el mundo, decidieron que ya podía marcharme.

El oficial de Aduanas, con su gorra de plato grande como un portaaviones, se llevó nuevamente la mano a la visera:

—Perdón, señor; puro trámite.

Tragué saliva caliente como si mi garganta fuera un baño térmico. Esta vez intenté ser correcto hablándole en su propio idioma:

—Desde luego, amigo… ¡Hasta la vista!

En la puerta tomé un taxi pintado a grandes cuadros rojos y blancos. Di la dirección del hotel «Amalia», donde Andy en su carta me indicara hospedarse. Con esto pensaba facilitar, además el que Díaz pudiera localizarme rápidamente.

El aeropuerto, puede decirse que se hallaba en el mismo centro de la ciudad. No fueron necesarios ni cinco minutos de trayecto para arribar ante la fachada del hotel.

Hasta el momento, enfurecido por la reciente faena del aduanero, ni me había dignado a echar una mirada fuera de la ventanilla.

El portero del hotel, con un uniforme sucio y demasiado grande, se hizo cargo de mi maleta.

Dirigí una mirada panorámica a mi alrededor.

El hotel era una casa enjalbegada de blanco con cuatro pisos de altura. Parecía el edificio más elevado de cuantos conseguía dominar con la vista. El resto de las casas no guardaban simetría de ninguna clase.

Por todas partes había palmeras, papeles sucios y gente sin prisa. Pese a que el calor sacaba humo de los ladrillos, no parecía molestar al grupo de curiosos que, con las manos metidas en los bolsillos, contemplaban a una máquina cavadora sacando tierra de un hoyo.

Formaban un contraste curioso los grupos de hombres vestidos con pantalones remendados y sucias camisetas, deambulando sin prisa entre coches de fabricación americana, grandes como acorazados y pintados a varios colores.

Por un paseo amplio y mal pavimentado, delante del hotel, se hacinaban los puestos de venta de helados, maíz tostado, frutas y todo un verdadero muestrario de cosas inútiles.

Como esta población conocía ya varias al otro lado de la frontera de los Estados Unidos.

Ni me agradaba ni me dejaba de agradar.

Normalmente, en esos sitios uno se pasa la vida alternando borracheras con ratos de serenidad que emplea para jugarse los cuartos. Mi sistema había sido siempre el hacer las dos cosas a un tiempo. Recordé, sin embargo, que ahora había venido a trabajar, entre otras cosas.

Un perro flaco como un rollo de alambre envuelto en papel de seda,

comenzó a lamerme un zapato. El portero soltó la maleta para pegarle una patada, alejándose el chucho igual que un esqueleto que de un momento a otro fuera a desarmarse.

Iba a decirle al hombre de qué forma le machacaría la cabeza si delante de mí maltrataba a otro animal, cuando algo acaparó preferentemente mi atención.

Carteles.

Invadían las fachadas, cubriéndose unos a otros sin dar lugar casi a que secara el engrudo. Muchas casas parecían sostener sus tejas de arcilla sobre fantásticas paredes de papel.

No eran carteles de toros ni de fiestas con pólvora. Se trataba de una propaganda política.

Sentidas llamadas a la conciencia pública, pidiendo votos a cambio de esas cosas que luego ningún político, una vez elegido, concede ni lleva a la práctica.

El anuncio de un *match* de boxeo, donde el único que siempre pierde, es el público.

—Vamos, señor.

El portero del traje grande caminaba ya ante mí cargado con la maleta. Le detuve cogiéndole por un brazo.

—Delante de mí no vuelva a pegar a ningún perro; a lo mejor luego resulta que es su padre.

Yo hablo muy bien el español cuando quiero.

El hombre abrió mucho los ojos, como si le costara trabajo el entenderme.

—No es mi padre, señor —dijo con entereza.

—Entonces, aclarados esos dos extremos, adelante.

—¡Bestia!

Soltó las maletas al llegar a la conserjería de una forma que si llego a llevar las cuatro botellas de whisky, se las tiene que beber el perro de la calle.

La exclamación la lanzó al otro lado del mostrador una mujer con una blusa cuyo escote le llegaba a la altura de los codos. Era morena, pequeñita, rellena de carnes, con el pelo cogido en una trenza colgando sobre uno de sus hombros. Tendría unos treinta años, y si no era la dueña, le faltaba poco.

—¡Ha dicho que mi padre era un perro con sama!

—¡Se ha equivocado! ¡Tu padre era una rata bizca, coja y llena de lepra! —mudó su gesto furioso para sonreírme luciendo todos los dientes y la otra parte del escote que hasta el momento estaba quedando oculta—. ¿Habitación, señor?

—Sí. Con baño, sábanas limpias y una botella de algo que se pueda beber.

—No se sirven bebidas. Si quiere emborracharse, de cada tres pórtales de la calle dos son tabernas. Pero aquí no rompa nada, porque se lo meteré en factura al doble de su precio. Las comidas, a las horas que dice el cartel —señaló un rótulo casi oculto por el paso de varias generaciones de moscas—. ¿Americano?

—Japonés. Esta temporada he tomado mucho el sol.

Firmé en el registro con el nombre de Ray Daviz, que me pareció bastante bonito. Me hizo pagar una semana, por adelantado y después de darle cinco dólares de propina, me dejé conducir por el tipo de la maleta basta la habitación de la planta baja.

Ya estaba en San Belisario. Ahora, entre otras cosas, a esperar que Díaz, el jefe de policía de la localidad, viniera a decirme algo.

Tomé una ducha fría que duró más de una hora; me cambié de ropa, tumbándome después en la cama en magas de camisa y sin zapatos.

Llevaba cuatro horas echado cuando alguien llamó a mi puerta.

Era el portero con una botella de aguardiente en la mano.

—De parte de la dueña.

Le di cinco dólares de propina, y el hombre se marchó con gesto de haberse olvidado de su padre, del perro y del santo de su nombre.

El aguardiente era malísimo. Empecé a notarlo, desgraciadamente, cuando llevaba la botella por la mitad y comenzaba a sentirme harto de habitación y de cama.

Di la luz para consultar el reloj. Eran las diez. Si Díaz quería algo de mí, que me buscara fuera de este nicho.

En cinco minutos me puse la corbata, la chaqueta y los zapatos, saliendo a la calle. Tras el mostrador seguía la morena del escote. Hice todo lo posible por caminar derecho hasta ella.

—Me voy a visitar los museos de la ciudad; venga conmigo por si me pierdo.

—Usted no se pierde aunque le dejen en mitad del Océano sin una brújula. La botella de aguardiente han sido cuatro dólares.

Era una máquina calculadora con escote. Le dije que lo apuntara en cuenta, o fuera a cobrarlo personalmente a mi habitación cualquier rato. No dijo ni que sí, ni que no; debía estar calculando el porcentaje de recargo en factura, servida a domicilio.

En la calle hacía más calor que dentro del hotel.

Los tres primeros portales resultaron ser todos tabernas. Ni aún aquí se había desperdiciado la ocasión de cubrir las paredes con propaganda electoral; en cada sitio de un color distinto, si bien resultaba patente que la lucha electoral iba a realizarse exclusivamente entre dos opositores.

Los carteles a todo color con la fotografía de los candidatos parecían ser el tema más decorativo de la campaña. En el rostro de ambos oponentes cada dibujante o fotógrafo había sabido poner un gesto enérgico, austero y

bondadoso.

En la taberna de turno alguien empezó a discutir de política, y a los cinco minutos las botellas volaban por el local silbando igual que aviones a reacción.

Salí a la calle después de tumbar de un puñetazo a un imbécil que vino hacia mí con una banqueta dando vivas a la libertad y a Galo Hernández.

Pese a que la ciudad era pequeña, no podía explicarme cómo dentro de ella cabía tanta taberna, tanta máquina tragaperras y tanta casa de juego.

Estuve visitándolo todo hasta que me cansé.

Si bien es verdad que jugué poco, el licor no estaba nada barato; en especial en ciertos sitios donde los concurrentes vestían trajes de etiqueta y se mostraban más borrachos que en otros lugares.

Al final acabé en un antro de tipo medio, con un papagayo de colores metido dentro de una jaula, colgando en medio de la sala. Un hombre moreno y grasiento, con el bigote untado de gomina, atendía a los escasos clientes sentados en las mesas simultaneando a un tiempo el mostrador donde dos borrachos se asían al borde, igual que un par de náufragos a un tablón.

—Hola, cara fea.

El saludo fue expresado en correcto inglés por una muñeca de pelo zanahoria y nariz respingona.

Artículo «Made in U.S.A.».

De haber estado bien alimentada, hubiera hecho silbar a una locomotora estropeada. Inclusive ahora podía haber servido para olvidarse de una carta, cien mil dólares y dos asesinatos.

Podía haber servido de no estar tan fácil, tan al alcance de la mano. Ocurre siempre con la fruta cuando está caída del árbol.

—¿Brooklyn? —pregunté.

—Carolina, o tu pueblo, si es más bonito, cara fea. ¿Puedo sentarme? —cuando dijo esto, llevaba ya un buen rato en la silla. Se acercó el gordo del bigote fosilizado. Ella pidió «una clavelina», y yo un whisky doble—. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

—¿Y a ti?

Trató de mostrarse profesionalmente alegre antes de contestar. Sólo sus ojos azules permanecieron serenos y aburridos.

—A mí, un traje de novia.

—¿Nada más…?

—¡Ah, y un pasaje para regresar a mi tierra! Si te encuentras por ahí cualquiera de las dos cosas, tráelas que son mías. ¿Te acordarás, cara fea?

No soy lo que se dice un tipo guapo, pero cuando estoy borracho me molesta que nadie extreme las cosas. Si algo empezó a marchar mal, fue por culpa de la rubia.

En ese momento trajeron mi whisky, y su «clavelina». Esto último era

una copa de agua color rosa, con el rabo de un clavel canijo metido dentro. Señalé su vaso con el dedo.

—¿Qué vale *eso*?

—No sé, cara fea; no te vas a poner a regatear ahora. ¿Por quién brindamos?

—¿Cuántas flores de esas serías capaz de aguantar?

Por vez primera en toda la conversación le brillaron los ojos como dos faros de estacionamiento.

—A tu lado quizá doce o trece.

Llamé al gordo del mostacho y le pedí una jarra de agua y doce copas vacías. Al principio el hombre empezó a mirarme como comercialmente suele hacerse con los borrachos. Todo varió cuando le planté una reluciente moneda en la mano.

Puso, la jarra y toda la cristalería sobre la mesa.

—Si rompe algo tendrá que pagarlo.

Le mandé al diablo o algo que suena a parecido en español. La rubia me miraba presintiendo inconvenientes.

—¿Qué vas a hacer, cara fea? ¿Piensas poner algún acuarium?

No dije nada hasta que tuve los vasos ordenados en fila de a dos. Luego los fui llenando de agua.

—Mira, cara guapa. No me gusta que nadie me tome el pelo, y menos una chica de Carolina. Quiero ayudarte. Esa porquería es agua menos pura que ésta de la jarra; a pesar de ello el tipo ese del bigote con engrudo, me va a cobrar la «clavelina» lo menos a dos dólares. Tú te vas a beber los doce vasos de agua, yo te los pago a dólar, y así salimos los dos ganando.

Si no estaba acostumbrada a tratar con borrachos, tenía genio para demostrar lo contrario. Puso cara de gata a la cual pisan el rabo.

—¡Eso se lo va a beber tu…!

El primer vaso se lo metí por el escote.

Fue una ducha involuntaria que de momento pareció aplacarla. O por lo menos eso creí yo.

Sacó el pañuelo del bolsillo superior de mi americana diciendo serenamente:

—Está bien, cara fea, no hay por qué ponerse así. Voy a secarme un poco y ahora vuelvo.

Después de dar una cabezadita sobre la mesa, recordé que estaba esperando a alguien. Puede que esto fuera al cabo de la hora.

Si bien tenía la cabeza más despejada, mis ideas seguían siendo las mismas. No hay cosa peor para creerse muy listo, que el beber más whisky del que cabe en un plato sopero.

Después de un penoso itinerario sobre mis pies, encontré a la chica de Carolina en una especie de reservado comiendo y bebiendo algo con un tipo de uniforme.

La chica se atragantó con un hueso de aceituna; pero yo me olvidé de ella como si fuera mi sastre.

—¡Vaya, mi amigo el general de aduanas! No estará bebiendo whisky corriente teniendo cuatro botellas de la mejor marca, ¿verdad?

Empezó a explicarme muy serio no sé qué de subastas y el material intervenido.

—¡Déjale en paz, cara fea! ¡Es un oficial y te puede meter en la cárcel! —dijo la rubia ya más segura de sí misma.

—¿No sabes, nena? No puedes estar con este tipo. No está vacunado… A lo mejor tiene el tifus, o la viruela… ¡Quítate la ropa, chimpancé, que vamos a vacunarte!

El almirante de aduanas comenzó a tartamudear poniéndose nervioso, por lo que yo decidí ayudarle a quitarse el uniforme. Previamente cerré la puerta por dentro.

Del primer tirón salió media camisa y un trozo de corbata. Tuve que sacarle de debajo de la mesa para medio convencerle que se quitara los pantalones, sacudiéndome a un tiempo a la rubia que gritaba lo suyo sin llegar, ni con mucho, a lo del oficial de aduanas.

La mesa se vino al suelo, facilitándome con esto espacio para sentarme a horcajadas sobre el cuerpo del otro.

Entonces cogí un tenedor todavía con restos de lechuga.

—¡Vamos, querido; a ser buenecito que papá va a vacunarte!

Se lo clavé en la parte más carnosa de su cuerpo, hasta doblarse las puntas.

En ese preciso instante, la rubia consiguió abrir la puerta para dar paso al gordo del bigote en compañía de dos sujetos más.

A mí me pasa con el whisky lo que a Popeye con las espinacas. Una botella a tiempo, y ya pueden los Estados Unidos entrar tranquilos en la guerra.

Del primer impacto, al gordo se le desrizaron las guías del bigote. Luego comprobé la solidez de su bandeja estrellándola contra la cabeza de uno de sus acompañantes. El tercero me costó más trabajo, y una botella de algo espeso y amarillo que le dejó empapado y brillante igual que una mosca remojada en aceite.

Salí a la calle sin que nadie más intentara interceptarme el paso. Estaba sereno. Después de todas las catástrofes me siento sereno para así llamarme a gritos imbécil y darle trabajo a mi conciencia.

Arribé al hotel pensando que si el siguiente día no lo pasaba en la cárcel iba a ser un verdadero milagro.

Y Díaz sin dar señales de vida.

Era una bonita forma de empezar a trabajar pasando desapercibido.

En el mostrador de conserjería la morena del escote había cedido su puesto al mozo de equipajes. Daban las tres en algún reloj de la sala

mientras rebuscaba en mis bolsillos la llave para abrir la puerta.

Al apoyar mi mano sobre ella, la madera cedió unos centímetros; los suficientes para que mi instinto advirtiera peligro dando un salto hacia atrás.

Entonces se encendió la luz.

Acabé de abrir la puerta con un puntapié, buscándome infructuosamente en los bolsillos una pistola con el mismo ahínco que un recién nacido echa en falta un chupete.

Pero no eran necesarias armas, por lo menos de esta clase.

En el centro de la habitación, la morena de la trenza ensayaba una sonrisa provocativa.

—Hola. Vengo a cobrar esa factura de que hablamos antes.

—¡Desde luego, encanto; pero ponte cómoda!

—Ya lo estoy.

Lo estaba.

La botella de aguardiente me costó treinta dólares, pero pueden estar seguros que merecía la pena.

CAPITULO VIII

Me levanté tarde y con dolor de cabeza.

El portero del uniforme grande, que resultó llamarse Pedro, me trajo un tubo de aspirinas. Me tomé tres con aguardiente, y el efecto fue instantáneo. Luego la ducha hizo el resto.

Después de afeitarme, y una vez arreglado, salí al recibidor. Amalia, desde detrás del mostrador de conserjería, me guiñó un ojo. Yo hice lo propio, pero sin tanto entusiasmo.

Luego, me entretuve en contemplar los carteles de propaganda colgados en la sala.

Había anuncios de los tres candidatos. Imparcialidad comercial se llama a eso.

La candidatura de Porfirio Romero estaba representada por una paloma blanca con un ramo de olivo en el pico. La de Galo Hernández era más combativa y simbolizaba una espada flamígera. El tercer candidato, cuya propaganda brillaba en menor escala por toda la ciudad, parecía ser un tal Ismael Jiménez, cuyo emblema lo constituía una pala de chumbera.

—Apueste por la paloma; llegará la primera —dijo alguien a mi espalda.

Me volví para examinar al intruso. Si su voz no era ofensiva, tampoco lo resultaba su persona.

Su rostro apacible y sus ojos transparentes, me recordaban a Bing Crosby. Parecía como si de momento a otro fuera a romper a cantar el «Felices Navidades» o la «Nana Irlandesa». Solamente fijándose bien a sus ojos nítidos y brillantes como el metal pulido, podía advertírsele una sagacidad despierta y afilada como un cuchillo.

Un hombre de esos es más difícil de medir que una dosis de mercurio.

—Yo no entiendo de palomas —respondí cautelosamente—. Las únicas carreras donde expongo dinero son en las de caballos.

Avanzó hacia mí extendiendo su mano. Al sonreír, lo hacía con elegante moderación, como si encontrara divertido el habitar en este mundo.

—Perdone, pero le he visto contemplando los carteles con cierta curiosidad, como un espectador al margen. ¿Americano? —Hice un gesto con la cabeza que podía haber significado cualquier cosa—. Soy director del periódico «El Mensajero», pulso la opinión pública y sé, por tanto,

quién tiene el máximo de probabilidades.

—¿Y por qué el de la palomita, y no la espada o ese del higo chumbo?

—¿La espada…? ¡Sí, también es posible! Pero no así el del higo chumbo, como usted dice. Él, lo sabe de sobra.

—¿Entonces, por qué se presenta?

—Porque hay que darle ocasiones al pueblo por si algún día despierta y no vende su voto por un trozo de pan y una botella de aguardiente.

—Así que usted es de los del higo chumbo, ¿eh?

—Caliente, señor Malone; Yo soy el higo chumbo en persona; Ismael Jiménez para servirle.

Abrí la boca por varias razones.

—¿Quién le ha dicho a usted que yo me llamo Malone?

—Un periodista debe saberlo todo. Tengo prisa, amigo; si algún día tiene interés en saber cómo funciona una rotativa, pásese por mi periódico. Tendré sumo gusto en charlar un rato con usted.

Pensé confuso si no habría entrado en San Belisario con el pie izquierdo.

La noche antes había intentado sonsacarle a Amalia, con cierta reserva, datos sobre la estancia de Andy en este hotel. Según ella, entraba y salía sin recibir visitas de nadie. Fue en una de esas salidas cuando Andy se largó dejándola a deber, entre otras cosas, varias botellas de aguardiente. No había equipaje, ni nada que se le pareciera.

Abandoné el hotel diciendo a Amalia que si alguien venía en mi busca, esperase o dejase recado.

Quería contemplar bien la ciudad a la plena luz del día.

La superabundancia de perros hambrientos, y las calles a medio empedrar dicen mucho de la fisonomía de cualquier país. De todas formas, aquí esto no parecía preocupar demasiado a la gente.

En la vía pública se formaban corrillos discutiendo acaloradamente sobre algo que ya me imaginaba. Cada cual, prendido en la solapa, la camisa o el sombrero de paja, era portador de un emblema determinado, sin que desde luego predominara, ni con mucho, la pala de chumbera. Sentí pena por el «Bing Crosby» del hotel.

No había nada más que ver. Regresé al hotel, teniendo antes que ceder paso a dos manifestaciones de carácter patriótico. En las dos hubo palos, y eso fue lo único ameno de mi paseo matinal.

Amalia seguía en el mostrador.

—¿Ha habido algo, guapa?

—No. A ti no te quiere nadie más que yo.

—Te creeré cuando eches el candado a la máquina registradora.

Se hizo estupendamente bien la ofendida.

—Te he puesto un aparato de radio en la habitación, y no pienso cobrártelo.

—Gracias, encanto. Después que hayas cerrado los ingresos del día, pasa un ratito y te enseñaré a bailar.

Me mandó a un sitio donde, puesto a elegir entre eso y San Belisario, no me hubiera desagradado estar.

Di dos vueltas a la llave de mi habitación, deteniéndome sorprendido en el umbral.

—Adelante, míster Malone; no se quede ahí parado en la puerta.

En la alcoba había dos individuos que hubieran encajado bien en cualquier parte, siempre que delante tuvieran unas rejas.

Yo huelo a los matones de alquiler a un kilómetro de distancia, igual que el gato huele al ratón y el ratón huele el queso.

Estos eran compatriotas, y si no estaban diplomados en el propio Chicago, es que la sede del pistolerismo, últimamente, debía haberse trasladado a su pueblo.

Ambos componían una pareja de sociedad. El uno, alto, fuerte hasta la deformidad, con la cara achatada a puñetazos, y el rostro picado de viruelas como si estuviera comido por los pájaros. Tenía una nube en el ojo derecho y para mirar fijamente torcía el cuello igual que si tuviera tortícolis.

El otro, por el contrario, era bajo, rechoncho, con unos mofletes sonrosados color porcelana, un bigotito negro, y dos ojos pequeños, casi incoloros, inquietos y brillantes como dos cuentas de vidrio.

Tenía una boca pequeña, con los labios metidos hacia dentro. Se había quitado la chaqueta, y estaba tranquilamente tumbado en mi cama con los zapatos puestos.

Al entrar me dirigió una sonrisa, enseñando dos dientes como un conejo de dibujos animados. Vi la ventana abierta, casi a la altura de un jardín posterior, por lo que supuse cuál había sido su sistema de entrada.

Me fui tranquilo hacia el gordo aplastado contra el colchón.

—Si quiere pijama tengo uno en el armario.

Intervino el alto, ceremoniosamente:

—¡Oh, perdone, míster Malone! Escogimos la ventana para no llamar excesivamente la atención. Venimos a hablarle de negocios.

—¿Qué venden?

—No vendemos nada; compramos, míster Malone.

—Sí, compramos —dijo el gordo, hablando a través de los dientes.

No hice ningún comentario. Me quité la chaqueta tranquilamente, encendiendo después un pitillo. Luego esperé sin ninguna prisa.

—Un amigo nuestro está interesado por cierta carta. Pagaría más que nadie. Diga usted una cifra, míster Malone.

No se andaba por las ramas.

—Sí, diga usted una cifra.

El gordo, con su voz de niño anormal, parecía el eco. No sé si lo hacía a

propósito, pero lo cierto es que estaba comenzando a ponerme nervioso. Tiré el cigarrillo al suelo.

—¡Dígale usted a ése que quite los pies de encima de mi cama!

—Ya has oído, Many; haz caso al señor.

El tal Many no hizo caso del señor y continuó tumbado con las manos apoyadas en el cogote. Con la lengua se entretuvo en sacarle brillo a los dientes.

—¿Serían suficientes cien mil dólares, míster Malone? —prosiguió el alto.

Me dispuse a encender otro cigarrillo.

—Hay quien da ya esa cantidad por la carta que su amigo quiere.

—Entonces… ¿Ciento veinticinco? —dijo, brillándole los ojos.

Subía muy de prisa, y el cigarrillo parecía no tirar bien.

—Dígale usted a Galo Hernández que quiero hablar personalmente con él.

—Nuestro amigo nos ha autorizado para ofrecerle hasta ciento cincuenta mil dólares.

—No puede ser.

—Dice que no puede ser —subrayó el gordito.

—Sentimos mucho no poder llegar a un acuerdo, míster Malone —dijo el boxeador, frotándose las sudadas palmas de sus enormes manos—. Con su permiso tendremos que empezar a buscar por nuestra cuenta. ¡Vamos, Many, muévete!

Comenzaron por el armario. Desde los calcetines, hasta el forro de la maleta, volvieron todo boca abajo. Yo les contemplaba sentado pacientemente en la silla, como, si estuviera en una delantera de pista. Cuando verdaderamente empecé a divertirme, fue al verles rasgar el colchón con las navajas igual que si fuera una empanadilla.

Me imaginé a Amalia ahorcándose con la trenza en el montante de la puerta.

Calculo que transcurrió una hora larga de infructuoso trabajo para los dos «corredores de bolsa». Al final, sudaban como acémilas. El destrozo de la habitación no lo hubiera hecho mejor una invasión de monos.

—Sea buen chico, evítenos males mayores, Malone. ¿Dónde está la carta?

No tenía ganas de reír, pero lo hice.

—De haber empezado por ahí, les habría dicho que yo no la tengo; se hubieran ahorrado todo este trabajo.

—Pon la radio, Many; lo más alta que se pueda. Míster Malone tiene ganas de oír música.

Many obedeció como un corderito y entonces yo comencé a sudar, imaginando el número que se avecinaba.

—¡Vamos, idiota, deja la radio y ven para acá!

—¡Oh, espera, Kidnell, mira lo que están tocando!

¡El muy marrano hablaba en serio! Puso los ojos en blanco y se tragó entero todo ese disco de Frankie Lañe llamado «El vaquero y las estrellas». Luego, comenzó a sonar una marcha de Sousa.

Pensé que debe ser más reconfortante el que le peguen a uno a los acordes de un himno nacional.

El gordo vino hasta nosotros tarareando la música con animación.

La coz en la espinilla que me proporcionó Kidnell me hizo brincar de la silla como un saltamontes. Luego, no me explico cómo, fui a caer precisamente de cara sobre su puño.

La habitación bailó en torno mío.

Quise enderezarme para atacar a Kidnell de frente, y el gordo, a mi espalda, me dio un punterazo en la nunca que me hizo vomitar de angustia. Entonces el gigante me levantó por los pelos, y Many, por detrás, con las palmas abiertas, me golpeó a un tiempo en los oídos haciéndome el vacío en los tímpanos como si fuera a reventármelos.

Eran dos técnicos de la pelea marrullera y sucia, contra los cuales no podía nada. Sabían hacer daño sin llegar a dormirme. Esa es una de las pocas veces en mi vida en que realmente he deseado morir.

Many me ayudó a levantarme. Quise golpearle en el estómago, pero fue más rápido el gigante dándome con el canto de la mano en el cuello. Retrocedí, ciego de dolor, hasta la pared, y allí me estuvieron golpeando sin dejarme caer al suelo, como si jugaran una partida de frontón.

Creí estar ya del todo muerto, cuando repentinamente cesó la lluvia de golpes. Tuvieron que transcurrir varios segundos para que yo pudiera percibir con mis oídos doloridos, por encima del estruendo de la radio, el sonido de alguien aporreando la puerta.

—¡Están llamando, Kidnell, acabemos de una vez con él!

—¡Calla, idiota; primero hay que saber si tiene la carta!

Fue este decisivo instante el que yo aproveché para reunir todas mis fuerzas en un último gesto dictado por el instinto de conservación. Antes que pudieran evitarlo, tomé carrerilla, lanzándome contra los cristales del entornado balcón.

Sentí los vidrios rasgándome el traje y la carne; cayendo seguidamente sobre un arbusto que medio amortiguó el golpe desde dos metros de altura.

Atravesé el jardín corriendo a trompicones, trasponiendo la verja de entrada para encontrarme de repente en plena calle. Casi abracé a un guardia uniformado que, en el centro del paseo, dirigía con cara dormida el escaso tráfico.

—¿Le ocurre algo, señor?

No. Ya no hacía falta. A distancia vi cómo mis dos «amigos» arrancaban en un «Buick» color verde esmeralda.

—Gracias, agente. Solamente era un perro rabioso.

Ni un elefante es suficiente para hacer él solo el destrozo entonces mostrado por mi persona. Pero el guardia bastante tenía con obtener de sus pulmones algo de aire para el pito y no se tomó la molestia de analizar mis palabras.

Volví a entrar en el hotel, como si viniera de acarrear piedras en una cantera. Al atravesar el salón, el conserje me miró igual que si fuera un fantasma. Supuse que la de los golpes en la puerta, había sido Amalia. Si al salir los dos matones habían dejado franca la entrada, la dueña, a la vista del destrozo, debía estar ahora al borde del ataque epiléptico.

Efectivamente, la puerta estaba abierta; pero quien menos esperaba encontrar dentro se hallaba allí, la rubia de Carolina.

Me examinó de arriba a abajo con verdadero deleite, como si chupara un caramelo.

—¡Caramba, de modo que el de aduanas ya ha venido a partirte la cara!

—El de aduanas debe estar a estas horas muy ocupado ideando algún procedimiento para poder sentarse. ¿Has sido tú quien hace un momento llamó a la puerta?

—¡Sí, encanto! Por tu culpa me han despedido del «Papagayo». Lo que me debían se lo ha quedado ese cerdo a cuenta del destrozo. Ahora me vas a dar doscientos dólares que vale un pasaje hasta Norteamérica o te armo el escándalo.

Me senté tranquilamente sobre el mutilado colchón, luciendo éste sus intestinos de algodón y muelles. Con la mano extendida abarqué el desolado espectáculo.

—Si queda algo en la habitación por romper puedes hacerlo.

Se puso hecha una furia.

—¡Quiero mi dinero o soy capaz de sacarte los ojos!

—¡Cálmate! —atajé aburrido—. No sé cuánto te ha robado el tipo ése, pero toma doscientos pavos para el avión y vete al diablo.

Se lo dije muy pronto. En la chaqueta no estaba mi cartera. Había volado con los dos pájaros, y en ella, casi novecientos dólares. ¡Qué chicos más avispados!

Me quedé con la mano metida en el bolsillo vacío, como esa estatua de sal que cita la Biblia.

—¿Qué pasa ahora, cara fea? ¡No me vengas con trucos!

Volví a sentarme sobre los restos de miraguano con la beatitud y paciencia de un padre misionero.

—Oye, nena; te lo creas o no, esos dos hombres que salieron cuando tú llamaste, eran dos ladrones. Me dieron una paliza y se llevaron mi dinero…

—¡Vete con ese cuento a tu abuela…! ¡O me das el dinero, o…!

Y en ese momento entró Amalia.

La cara que puso fue un verdadero poema.

—¿Qué ha pasado aquí? —aulló, sujetándose a la trenza para no caerse.

—Pequeñas desaveniencias matrimoniales. Son nubecillas que luego pasan. ¿Verdad, querida? —dije, mirando a la rubia de Carolina. La chica abrió la boca como si se hubiera atragantado con el chiclé, circunstancia que yo aproveché para seguir hablando—: Te presento a mi mujer, Amalia. Ha venido a buscarme a San Belisario. Se irá mañana o pasado.

—¡Y un cuerno; os largáis ahora mismo los dos, después de pagarme todo esto!

La rubia intervino para empezar, a meter la pata:

—¡Oiga usted; yo no sé lo que este…!

—¡¡Cállate!! —le puse la mano en la boca—. Vamos, cariñín, no te pongas nerviosa y dentro de un par de días estarás con tu mamá en California. Y tú, Amalia, haz la cuenta de todo y me la presentas mañana. Ahora, de momento, danos una habitación de dos camas en el piso más alto que tengas. —La dueña me miró con codicia y desconfianza—. Hazlo así, o no cobrarás nada. Viste anoche que tengo billetes de sobra… ¡Pero para pagar cuando a mí me dé la gana!

Pudo más que todo su amor al dinero; a pesar de ello salió de la habitación diciendo por lo bajo cosas a toda mi familia.

—Bueno… ¿Y ahora, qué? —gritó la otra, cuando Amalia hubo salido.

—A esperar un par de días. Tengo amigos que me deben un dinero… ¡No pensarás que he venido a este maldito pueblo a curarme una dolencia de hígado!

—¡Yo tampoco, cara fea, y, sin embargo, estoy aquí más pelada que tú! ¿Quién ¿te dice que no te vas a largar dejándome aquí colgada con la cuenta…?

—Tienes dos alternativas: aceptas o te largas. Yo no te he llamado. ¡Además, si te voy a dar dinero para que te sacudas a tu pueblo es porque me da la gana! —Volvíamos al principio, por lo tanto, intenté ser persuasivo—: Mira, nena; estoy casi en un apuro. Tú también; ayúdame y te ayudaré.

—La última vez que saqué de un apuro a un hombre, fue para pasar en su lugar un mes de cárcel.

Estuve un buen rato intentando convencerla de que ahora no iba a ser así. De todas formas, faltaba alguien que me persuadiera a mí. Al final, cuando Pedro el conserje vino para acompañarnos al piso de arriba, la rubia pareció dejar el asunto en el aire, ya que no tenía otro sitio mejor donde dejarlo. Me ayudó inclusive a meter mi ropa en la deteriorada maleta.

Era una forma como otra cualquiera de ganar el primer *round*.

La chica es posible que me hiciera falta; no sabía en qué, pero en el fondo de todo deseaba alguien a mi lado, y ésta no me iba a estorbar.

La nueva habitación no difería en nada de la anterior, a excepción hecha de las dos camas. Pedro dejó la maleta sobre la que le pilló más cerca.

—Dile a Amalia que nos suba el aparato de radio; mi mujercita adora la música.

Mi «mujercita» dijo en puro yanqui algo que estuvo a punto de sonrojarme. Me di cuenta entonces de que también ella traía equipaje: una maleta lo suficientemente grande como para meter dentro un zapato.

Se coló en la ducha, cerrando con un portazo.

Pedro subió al cabo de un rato con la radio, y otra cosa completamente inesperada. Una carta a mi nombre; o, bueno, al que diera en el registro.

La abrí apresuradamente en cuanto el conserje hubo salido.

Era una invitación para un baile de fraternización que se celebraba en el palacio municipal del presidente Porfirio Romero, y en honor a la «causa». La tarjeta iba firmada por el jefe superior de policía, Eduardo Díaz.

Di un brinco de sorpresa, llamando después con los nudillos en la puerta de la ducha.

—¡Mira, cariño; para que sepas lo importante que es tu maridito!

Salió envuelta en una bata color amarillo, con una toalla liada a la cabeza. Al leer la tarjeta se le dilataron los ojos.

—Es para esta misma noche. Lamento no poder llevarte. Le diré a mi amigo Porfirio que te duele la cabeza.

—Ese no da dinero ni para enterrar a su padre.

No supe encontrar más respuesta que el que se diera prisa en la ducha. Entró nuevamente para volver a salir a la hora y media.

No protesté. Por mi parte estuve debajo del agua casi otro tanto. Me costó bastante trabajo desnudarme. Tenía el cuerpo lleno de verdugones, y el agua caliente, al caer sobre la piel, producía en mis músculos el mismo efecto que una lluvia de agujas al rojo vivo. Luego, el dolor fue mitigándose, hasta desaparecer casi por completo.

Salí a la alcoba en pijama. La chica de Carolina, sentada sobre una de las dos camas, abrazaba sus rodillas mirando al vacío.

Sin maquillaje de ninguna clase, parecía más joven, e incluso menos cansada. Cualquiera hubiera podido tomarla por esa hija de familia que a la puerta de casa espera la llegada del novio.

La dejé pensando en sus asuntos y, sin decir ni media palabra, tumbé mi cansado cuerpo boca abajo sobre la cama. Quería meditar; lo que hice fue quedarme dormido.

Me desperté ya anochecido. Vi al trasluz que ella seguía inmóvil y pensativa.

—¿Qué hora es? —dije, y entonces comprobé con espanto que no podía moverme—. ¡Por todos los demonios…! ¡Eh, tú, Carolina…, tengo el

cuerpo paralítico!

Abandonó la cama silenciosamente, encendiendo la luz. Luego vino despacio hacia mí, levantándome por detrás la chaqueta del pijama para verme la espalda.

—Si quieres llamarme de alguna forma, puedes utilizar el nombre de Terry…, además no soy de Carolina, sino de Maine, la tierra de los castillos; así tengo yo la cabeza.

Me tocó con los dedos en algún sitio, haciéndome ver las estrellas.

—Te han puesto bueno, cara fea.

—¡Ayúdame a levantarme…, tengo que ir a ese maldito baile!

—Espérate. Tú adonde estás para ir, es a un asilo de inválidos.

No me hizo ninguna gracia. Aguardé maldiciendo, mientras ella llamaba al timbre para pedir al conserje vinagre, y no sé qué más porquerías. Luego, tras quitarme la chaqueta, me sometió a un terrible masaje que me hizo aullar de dolor.

Después de aplicarme las compresas, sentí el cuerpo más liviano. Terry trabajaba afanosa, sudando por todos los poros de su cara, con más maestría que una masajista profesional.

—Ahora no dejes de hacer ejercicio durante un buen rato. Has conseguido que me tenga que duchar otra vez.

—Encanto, podías ganarte la vida dando masajes.

—Sí; lo malo es que una siempre elije para ganarse la vida aquello que menos le conviene.

Comencé a hacer gimnasia como si fuera a boxear aquella noche. A la media hora chorreaba sudor por todo el cuerpo. Entré nuevamente en la ducha, comenzando después a vestirme, ya un poco más tranquilo.

Mi traje de etiqueta estaba blanco de pisotones; Terry lo estuvo cepillando hasta dejarlo nuevo.

—Encanto; al final acabaré casándome de verdad contigo.

—Es mi regreso a Norteamérica lo que cepillo. No vuelvas esta noche y buscaré tu tumba para llenarla de basura.

—¡Está bien, está bien…! Ahora, cuando baje, diré que te sirvan la cena en la habitación. ¡Vamos a ver ese besito de despedida…!

No lo entendió bien; en vez de besito me plantó una sonora bofetada.

—¡Escucha, fanfarrón; esto es solamente un acuerdo comercial hasta que me devuelvas mi dinero, pero no te da derecho a que me pongas las manos encima! ¡Ni por doscientos dólares ni por doscientos mil…! ¡Lárgate de una vez…! ¿Has oído? ¡Lárgate…!

Rompió a llorar, echándose de bruces sobre la cama.

Se haría rico quien escribiera un buen libro, diciendo exactamente cómo hay que tratar a las mujeres.

CAPITULO IX

La residencia presidencial de Porfirio Romero hubiera puesto los dientes largos al mismísimo rey Faruk. Visto el palacio desde fuera, con sus fachadas iluminadas por focos de colores, aquello me recordaba, sin saber por qué, un cuento de «Las Mil y Una Noches».

Los coches aparcados en tomo a la verja de hierro de los jardines, se salpicaban de luces igual que si alguien tirase bengalas desde las azoteas.

La gente, vestida de rigurosa etiqueta, trasponía la puerta de acceso, entregando su tarjeta a una pareja de fulanos vestidos a lo Dick Turpin, con pelucas blancas y todo.

Sonreía al darles mi invitación.

—Esto parecen las fiestas de la Coronación, ¿eh?

—Lo son, señor —dijo uno, muy seriamente.

Cuando estuve dentro, a juzgar por el lujo asiático del salón, me di cuenta de que el tipo de los calzones arremangados estaba lleno de razón. Una cosa así debían ser las cortes de Europa, antes de la guerra del catorce.

Había medallas, libreas, uniformes y escotes en grado más que suficiente para *rodar* por lo menos tres versiones diferentes de «La Viuda Alegre». En cuanto a alhajas, se hubiera podido empedrar la Quinta Avenida, conformándome con el material sobrante.

Una orquesta con muchos violines tocaba algo que momentáneamente atrajo menos mi atención que las mesas dispuestas a los lados del salón, repletas de bebidas y golosinas.

Tenía hambre. Un tipo de los de librea, me estuvo sirviendo hasta que se le cansó el brazo. Mientras bebía champaña rosa, alguien me tocó en el hombro. Estuve a punto de atragantarme.

Era Díaz, el jefe superior de policía.

—¡Vaya —exclamé con sorna—, creí que me había equivocado de país!

Sonrió, atusándose el bigote. Llevaba una banda color malva, y medallas suficientes como para blindar un autobús de dos pisos.

—Perdone mi falta de atención, Malone. He estado ocupado en echar tierra sobre una denuncia presentada contra cierto individuo, por agresión a un oficial de aduanas.

—No me gusta que me vacune nadie contra mi voluntad. Eso no entraba en el contrato —protesté con la boca llena.

Volvió a sonreírme indulgentemente, como el padre a quien le divierten las travesuras de su tierno hijito. Yo aproveché la pausa para meterme en la boca un canapé con ostras y gelatina.

—¿Qué más ha hecho, Casey?

—Recibir una paliza de dos tipos que vinieron a verme de parte de Galo Hernández. Querían la dichosa carta. Llegaron a ofrecerme hasta ciento cincuenta mil machacantes.

Le brillaron los ojos.

—¿Y usted qué les dijo?

—Pues, que yo tenía la carta como ellos los ciento cincuenta mil dólares. Se largaron dejándome vivo de milagro, limpiándome la cartera.

Pero esto último no parecía interesarle lo más mínimo. Volvió a inquirir con machacona insistencia:

—¿Pero usted no quiso tratar con ellos, verdad?

—Oiga: Lo que necesito es que usted me diga por dónde tengo que empezar. Yo no llevo un detector de radar colgado al cuello para ir por el empedrado buscando una carta como el que busca uranio.

Me miró entre incrédulo y decepcionado.

—Míster Malone… ¿Cuándo va a empezar a ser sincero conmigo?

Entonces vi las cosas claras: Me había hecho venir hasta aquí, porque creía en mi poder la carta.

Me pasó que, por reírme, me atraganté con una ostra. Bebí champaña medio estornudando, lanzando el líquido por las narices igual que hacen los elefantes en el parque zoológico. Creo que manché al tipo de la peluca. Díaz me contemplaba enojado.

—Cuando se le pase el ataque de risa, haga por verme.

Le dije que sí con la cabeza.

Entonces, tropezaron mis ojos con la dama del avión. Envuelta en un traje de raso verde ceñido al cuerpo como un molde de escayola. Sobre el escote, de un vértice ampliamente prolongado, colgaba un collar de esmeraldas, haciendo juego con su traje y sus ojos.

Me miraba divertida y discretamente apenada, igual que el día que viera, en el aeropuerto, arder mi corbata.

La tos se me quitó de repente.

La tos y la noción completa de habitar en este mundo: Todo, menos el sentido del ridículo.

Dirigió a mí una voz más melódica que la orquesta de violines:

—Siempre que le encuentro, le ocurren a usted unas cosas terribles.

Hice un esfuerzo por vencer mi sonrojo mostrándome sereno, mientras, nerviosamente, sacudía de mis solapas el champaña con restos de canapé.

—Verá: hay un cuento de un chico que tenía las narices largas, y siempre que estaba en un aprieto se le aparecía su hada.

—¿Usted cree en las hadas…?

—Sí…, desde el otro día.

Inclinó levemente la cabeza hacia atrás para romper a reír jubilosamente. Sentí escalofríos al mirar su fina garganta. A varios pasos de distancia, Díaz hablaba en un corrillo, sin dejar de observarnos de reojo.

—Escuche, hada; yo bailo muy mal, y no estoy dispuesto a que usted lo haga con nadie. Vamos al jardín y le demostraré que se puede estar en mi compañía por lo menos durante diez minutos, sin que haya de avergonzarse de mi persona.

Se dejó llevar cogida de la mano hacia la terraza posterior. En mi vida he sentido un contacto más de mi gusto, que de paso, me pusiera la carne de gallina.

Nos paramos en la balaustrada, junto a dos arbustos de rododendros. Sin nadie a nuestro alrededor me sentí más a mis anchas.

—¿Qué viene ahora, querido Pinocho?

Sí; ese era el chico de la nariz larga, que tenía un hada.

La examiné a mi antojo con sincera admiración, sin intentar imaginar en mi mirada nada que fuera más allá de la pureza de su rostro. No podía ser de otra forma; una chica así, sólo inspira malas ideas a un salvaje.

«Vuelve a los emparedados, Casey; este canapé no está hecho para tu paladar.»

—Oiga —dije solemne—. Me alegro de estar aquí, en San Belisario, y, además, en este mismo sitio. Aunque exista la política y casi esté a punto de estallar una revolución.

—¿No le gusta la política?

—Verá; me gustan más el «béisbol», los concursos de perros y el echar maíz tostado a las palomas.

—Pero… ¿Usted no es amigo de Porfirio?

—Si fuera amigo mío, le aconsejaría que se dejara de líos, y se hiciera un palacio como éste lo más lejos posible de la gente. Luego, en su lugar, haría todo lo humanamente posible para que una chica como usted se casara conmigo.

Se desbordó su risa nuevamente, como una alegre sucesión de notas cantarinas.

—¡No puede ser!… Porfirio Romero es mi tío.

Sentí la terraza dando vueltas.

Y en ese momento hizo su aparición el jovencito que compareciera en Los Angeles durante el juicio. Se le notaba en la cara que le apretaban los zapatos. Por lo menos, alguna cosa en este mundo no era de su agrado.

Según se acercaba pregunté a la sobrina del presidente con voz tenue:

—¿Su esposo?

Redobló sus risas como si yo fuera el tipo más divertido o más patoso del mundo.

—¡No, por Dios! Es solamente el inspector José Quero, destinado oficialmente para acompañarme.

El tal inspector saludó con una inclinación a la joven, volviéndose hacia mí para hablarme virulentamente:

—Creí haberle advertido que no debía acercarse a nadie que no le fuera ordenado.

—¡Usted no es quién para ordenarme nada; y lo que es más, si vuelve a hablarme en ese tono le romperé las narices!

—¡Su verdadero sitio es la cárcel; hice mal en sacarle de allí!

Le rompí las narices.

Vino hacia mí armado con un cuchillo que se sacó de alguna parte. Fue el grito de terror de la joven lo que le detuvo indeciso. El tiempo necesario para estrellarle una maceta en la cabeza. Se quedó patas arriba como un pelele. Afortunadamente, la terraza siguió tan tranquila como siempre.

—¡Es usted un bárbaro; le ha matado!

—No. Sólo le he roto la cabeza; estaba a punto de arrojarme el cuchillo. En cuanto a eso de la cárcel que ha dicho, es mentira. Si usted pregunta a su tío…

—¡Buenas noches, señor!

Me volvió la espalda dejándome con la frase a medio terminar. El inspector Quero comenzaba en ese momento, a levantarse trabajosamente.

Una vez más, había quedado ante los ojos de ella como un incivilizado o un salvaje.

—¡Tú tienes la culpa, idiota!

El inspector Quero se mantuvo por unos segundos en el aire, abierto de pies y manos antes de caer como un sapo sobre los baldosines.

A juzgar por cómo me pelé los nudillos, el policía debió sentir bastante molestia en la mandíbula.

* * *

En el salón todo el mundo seguía bailando, comiendo emparedados y bebiendo champaña.

Díaz se abrió paso hasta mí, andando majestuoso bajo su caparazón de condecoraciones.

—Porfirio Romero quiere verle.

Por fin iba a conocer al Presidente. La verdad es que me importaba un comino. En este momento estaba pensando en otra cosa.

Atravesé el salón caminando a su lado.

—Ignoraba que el presidente tuviera una sobrina —comenté mientras ascendíamos por una deslumbradora escalera de bronce y mármol.

—Supongo que eso a usted le dará lo mismo.

—¡Desde luego! —afirmé. Pero el más idiota se hubiera dado cuenta de que estaba mintiendo.

Nos detuvimos ante una puerta tallada en madera, grande como la de una catedral. Díaz abrió sin llamar, colándome detrás de él.

Era el primer despacho de Presidente que tenía ocasión de ver. Comprendí, al primer golpe de vista, lo que tiene de bueno el ganar unas elecciones. Yo no entiendo una miga de cuadros, cortinas y todos esos chismes; sin embargo, las cosas que son caras entran más por los ojos que una colonia desnudista.

Tras de una mesa sostenida por dos leones dorados, se encontraba Porfirio Romero. A su lado, y de pie, hallábase su sobrina. Hice todo lo posible por no mirarla a la cara, centrando mi atención en el Presidente.

Porfirio representaba unos sesenta años, llevados con la dignidad y el empaque de un lord inglés. Pese a estar sentado, se adivinaba su gran estatura. Tenía el pelo gris impecablemente peinado, los ojos grises y un rictus de entereza en sus labios, que servía para disimular en algo su aspecto cansado. Su aire grave inspiraba una excesiva seriedad; como si la risa fuera algo desusado en este mundo.

—¿Usted es Malone?

Dije que sí, sin atreverme a extender mi mano por temor al protocolo. Lo hizo él, y yo me sentí satisfecho. Su sobrina seguía mirándome con gesto enfadado.

—Malone, he querido hablarle para dejar sentadas varias cosas. Quiero agradecerle su colaboración en esta empeñada lucha que creo librar en bien de mi pueblo. Sé que su mejor amigo murió por obtener lo mismo que usted ahora busca. Lo siento. Sinceramente. No deseo otro tanto de usted…, ni de nadie. Seguiré en el poder, si así me está destinado; pero con la conciencia tranquila de no haber tenido a mi servicio asesinos ni pistoleros.

Díaz intervino por primera vez, hablando a Porfirio con sorprendente confianza:

—¡Si hemos de luchar, ha de ser empleando sus mismos métodos o nos arrollarán! ¡No importan los medios, sino el fin!

—¡La violencia no conduce a nada, Díaz! —atajó el otro.

—Perdone, Excelencia —intervine—. Mis servicios de detective a sueldo difieren bastante de la labor de un pistolero. Por ese dichoso papel que ustedes desean, que yo sepa, ya han muerto dos personas…, las dos para mí, muy queridas. Yo no pienso seguir su suerte y mi deseo más vehemente es averiguar quién los asesinó. Esa es una de las razones por las que he venido aquí.

Me estuvo examinando unos instantes con sus profundos ojos grises.

—¿Tiene algún indicio ya, Malone?

—Todavía no. Quedan diez días hasta las elecciones; si para esa fecha tengo las manos vacías, habré perdido tanto como usted.

La puerta se abrió en ese momento sin previo aviso, para dar paso al

inspector Quero. Su aspecto, bajo la luz de la lámpara, reclamaba a gritos un médico de cirugía estética.

El propio Presidente se levantó de su asiento para interrogar extrañado, con la mirada, a la tambaleante figura.

—¡Me pegó a traición! ¡Le sorprendí cuando estaba haciendo el amor a la señorita…! —clamó el policía, lloroso, señalándome con el brazo extendido.

—¿Es cierto eso, Ágata?

Relucieron los ojos de la muchacha igual que el cuarzo traslúcido de su nombre, al avanzar hasta el policía con paso firme.

—¡Embustero!

Con la mano abierta le cruzó tres veces la cara.

La voz grave de Porfirio se hizo oír en tono autoritario:

—¡Ágata…! Por favor, refrena tus impulsos y deja de comportarte como una niña. —Se dirigió a mí para añadir—: Perdón, Malone, creo que estamos todos un poco nerviosos.

Quero me miraba con su cara aplastada, saboreando el placer de asesinarme con los ojos. Díaz semejaba un espectador de cartón.

—¿Algo más, Excelencia?

—No. Gracias, Malone. Díaz estará en contacto con usted.

Al abandonar el despacho no miré a la muchacha, pero estoy seguro , que, de haber seguido repartiendo bofetadas, yo hubiera acaparado la mayor parte.

* * *

Salí a la calle con los emparedados haciéndome cosquillas en el estómago. No me habían caído del todo bien. Mis digestiones son un estupendo barómetro que me sirven para decirme cuándo las cosas no marchan como deben.

Porfirio parecía cansado. Díaz combativo y en la absurda sospecha de creerme en posesión de la carta.

Y yo, con las manos en los bolsillos y sin adelantar ni un paso en aclarar lo que más me intrigaba.

Tenía sed. Me metí en un solitario cafetín pidiendo un doble de whisky. Al fondo del local, un tipo hacía funcionar el tocadiscos.

Fue la canción exasperante de «El vaquero y las estrellas» lo que me hizo volver del taburete con el ceño fruncido.

Horas antes, alguien había estado escuchando la misma pieza por la radio de mi habitación, mientras se disponía a propinarme una soberbia paliza.

Hay que creer en las corazonadas. Many, el pistolero gordito que ponía los ojos en blanco oyendo a Frankie Lañe, era el misino sujeto que

maniobraba ahora en la gramola.

Embelesado en la lánguida melodía no me advirtió hasta que estuve encima.

—Hola, soñador.

Hizo intención de llevarse la mano a la sobaquera como yo había previsto. Se detuvo al ver la mía metida significativamente en el bolsillo de mi *smoking*. Se hubiera muerto de rabia al saber que mis dedos no empuñaban nada. Le quité su revólver de cañón corto, y entonces se lo dije:

—Me estaba haciendo falta uno, chico. Anda, pasa ahí dentro; el resto de la canción te la diré yo al oído.

Tenía miedo; un pánico horroroso. Como todos los cobardes que sólo saben vivir de una pistola, sin ella era sólo una rata paralítica y acosada.

Con su propia arma le hice entrar en los lavabos. El hombre del mostrador, vuelto de espaldas, permanecía ajeno a la cuestión.

—¡Yo no fui… Kidnell… Kidnell…, él mandaba…, yo no…!

Estuvo a punto de pisar a una mujer que con un cubo y una botella de lejía, fregaba a nuestros pies el suelo. Guardé mi pistola en el bolsillo, sin dejar de apuntar a Many, antes que la mujer, sorprendida, levantara la cabeza para mirarnos.

—Mi amigo se encuentra mal —dije rápido, dejando caer sobre la esterilla un billete—. Vaya, por favor, a buscar una aspirina a la farmacia más cercana.

—¡No!… ¡No!… —tartamudeó el hombre, con la cara perlada de sudor.

Un gesto mío con el arma le hizo enmudecer. La mujer salió, pensando más en la propina que en otra cosa.

—Bueno, Many. ¿Qué quieres que te cante?

El muy puerco se puso de rodillas, jadeando con la laringe como si se hubiera tragado un hueso de durazno.

—¡No me mates…, por Dios, no me mates…!

No pensaba hacerlo. Yo no sé matar a sangre fría. De una patada le tumbé boca arriba, clavándole las rodillas en el pecho.

Luego le volqué la botella de lejía en la cara hasta la ultima gota.

Los malvados y los asesinos, deben llevar impresa su miseria también en el rostro.

CAPITULO X

Subí las escaleras del hotel, poco menos que reventado.

Terry, metida en la cama, me esperaba sentada.

—Buenas noches, cariño; no debías haberme aguardado hasta tan tarde.

—Déjate de cuentos. Tu amigo el monarca no te ha dado la pasta, ¿eh?

Dejé caer pesadamente al suelo los zapatos sin quitarme los cordones. Sentado en el borde de la cama me estuve acariciando los pies, meditando al tiempo una respuesta.

—Puede que te rías, pero esta noche llegué a olvidarme de que existe el dinero.

Desde luego se echó a reír, pero sin pizca de ganas.

—Lo malo que tú tienes, Terry, es que crees que se ha hecho el mundo para que la gente te engañe, o viva para hacerte daño.

—Ya sé que hay gente buena en la tierra —dijo con voz ronca—. Pero de esos no eres tú, ni los tipos que yo trato. Puedes estar tranquilo, mañana pienso largarme… ¡No quiero agradecerte ni un plato de comida!

Tardé en lavarme los dientes más de lo preciso, dando tiempo a que se serenara. Al salir de la ducha, poniéndome el pijama, vi que tenía los ojos acuosos.

—Terry, si quieres marcharte puedes hacerlo, pero deseo ayudarte. Mañana creo que tendré dinero. Si no es así, dime a qué sitio puedo mandártelo. Te prometo hacerlo.

—¡Sal de aquí; tu cama es aquella!

Y allí fui, tan formal como un preceptor, quedándome dormido en pocos minutos.

Me despertó el ruido de la ducha. Tuve tiempo más que suficiente para desperezarme hasta que salió Terry.

De mala gana, pero contestó a mis «buenos días». Mientras me arreglaba di orden de que subieran el desayuno.

Antes de salir me estuve rebuscando entre los bolsillos sin encontrar más monedas que las que puedan sumar dos dólares y pico. Me quité el reloj de oro de la muñeca, arrojándolo sobre la cama deshecha de Terry.

—Oye…, si estás dispuesta a marcharte puede que por esto te den algo. No para llegar hasta Maine, pero…, en fin, es tuyo.

Estuve esperando que dijera alguna cosa. Ni parpadeó. Hubiera desconcertado al mismo diablo.

Salí dando un portazo.

Mi reloj de oro, era para mí como una especie de compresa urgente, motivo por el cual pasaba más tiempo bajo el mostrador del prestamista que en mi propia muñeca.

Ella y el reloj, que tuvieran buen viaje.

* * *

Este iba a ser mi primer día de trabajo serio.

Para corroborar mi decisión, nada más salir del hotel, un «Oldsmobile» blanco y azul celeste, comenzó a seguirme despacio, sin disimulo de ninguna especie.

A la distancia que trataba de guardar el coche, me era imposible distinguir la cara de su conductor. No me inquietó, en tanto se mantuviera lejos; a pesar de todo, hice el trayecto hasta el «Mensajero» con los ojos puestos en el cogote.

El diario del tercer candidato a la presidencia, Ismael Jiménez, estaba emplazado en un pequeño edificio de dos plantas, de un aspecto prehistórico, como si en vez de con ladrillos, la casa estuviera construida con huesos de dinosaurio.

Al minuto escaso de anunciarme, el propio Jiménez me recibió en su despacho.

Lucía un peto de dril azul, y sobre la mesa se advertían diversas galeradas a medio corregir.

—¡Hola, Malone! —me saludó divertido, como si me conociera de toda la vida—. A ver el periódico, ¿eh?

—No. A hacerle preguntas; yo también le contestaré a las que me convengan.

—¿Conque directamente al grano? Habla usted como lo haría un hombre honrado.

—¿Usted qué cree…?

—Que lo es. Por eso viene a preguntarme cómo y quién es Porfirio Romero.

No tenía un pelo de tonto. Hice lo posible por no mostrarme sorprendido.

—Si quiere estar más seguro de cómo soy por dentro, puedo traerle una radiografía.

—No, Malone. Antes que usted, su amigo Andy estuvo aquí —esta vez di un bote en la silla—. También era un buen muchacho, pero le gustaba el dinero demasiado. Vino a pedirme precio por cierta carta; se llevó una decepción al ver que yo no trafico con esas cosas.

Entrelacé los dedos de mis manos en previsión de que estas últimas empezaran a hacer de las suyas.

—¡Es usted un farsante y un embustero! —dije en voz baja a través de mis dientes apretados.

—Con eso, su amigo no hacía nada del otro mundo; a ustedes les importa un plátano lo que ocurra en San Belisario…

Me levanté de la silla, temblando de indignación.

—¡Importa todo lo que sea honrado y decente… a mí, y a Andy!

—Lo siento, Malone. Puede usted creerme, pero esa es mi verdad. No sé qué es de su amigo, pero jugando con tres barajas, es posible que nada bueno le haya ocurrido. Leí en los periódicos de Los Angeles lo de su juicio por el asesinato de su ex novia. Me enteré, porque quise saber quién era Andy Piper, encargándole a una agencia de Los Angeles la investigación. Me dieron razones de su sociedad con él; desde entonces los diarios de allá, se han encargado gratuitamente de contarme él resto.

Traté de serenarme pensando que cien mil dólares son capaces de cegar a cualquiera; en especial, un hombre amante de la vida como Andy Piper. Esto equivalía a decir que, por fin, mi compañero había dado con la maldita carta.



un admirable blanco y azul celeste comenzó a seguirme despacio.

—¿Piensa usted que yo vengo ahora para ofrecerle la carta?

—No lo sé. Si es así, pierde usted el tiempo; no tengo dinero. Por otra parte, prefiero perder las elecciones con honradez, que ganarlas a costa de mi propia estimación.

Salí de allí furioso por no haber encontrado algún pequeño motivo por el que partirle las narices.

En la calle me aplacó súbitamente la contemplación del coche azul y blanco parado dos manzanas más arriba. Se me brindaba la oportunidad de romperle la cabeza a alguien.

Sin sacar la mano del bolsillo monté el pequeño revólver requisado a Many, andando recto sin volver la cabeza. Presentía, como un fantasma, la achatada forma del «Oldsmobile» rodando tras de mí.

Al doblar una calleja, me introduje rápidamente en el quicio de un portal, aguardando la llegada del coche. Este no tardó en aparecer. Venía rodando despacio, como si estuviera fatigado.

De un salto alcancé la portezuela abriéndola de par en par, al mismo tiempo que clavaba el revólver en las costillas del sorprendido conductor.

Pero el más estupefacto fui yo, al encontrarme frente al pálido rostro de la sobrina de Porfirio.

—Per… perdone —balbucí.

Ella reclinó la cabeza sobre el volante, después de parar el motor, intentando reponerse del susto.

—No es culpa suya, Malone —dijo al cabo del rato, sin levantar la cabeza—. Le venía siguiendo con el coche. Deseo hablarle; pero después de lo de anoche, no acababa de decidirme.

—Eh…, bueno, vámonos de aquí. Usted sabrá mejor que yo dónde podemos estar tranquilos.

Condujo habilidosamente hasta las afueras de la ciudad. Luego, enfilamos por una empinada carretera bordeada de árboles, para, al final, desembocar en una especie de mirador natural, desde el cual se divisaba San Belisario como un pueblo de juguete.

No hablamos en todo el trayecto. A su lado me sentía infinitamente pequeño, como el pueblo allá abajo; a pesar de todo, era feliz, hasta el extremo que no me hubiera importado pisar el pedal y surcar el vacío los dos juntos. Conmigo y para mí solo.

—Malone, ante todo quiero pedirle perdón por lo de anoche.

—No, no…; soy yo quien…

—Da lo mismo. Lo verdaderamente importante es… ¡Oh, Malone, no quiero que aparezca esa dichosa carta!

Ni Cristóbal Colón cuando descubrió el Nuevo Mundo debió poner un gesto más sorprendido. Ella se asió vehementemente a mis solapas, hablándome con su rostro casi pegado al mío.

—¡Escuche, Malone…, a mí me gusta también la libertad y el echar maíz tostado a las palomas!

—No quiere que su tío salga elegido Presidente.

—¡Quiero vivir tranquila y feliz, al margen de intrigas políticas y asechanzas, temiendo que de un momento a otro, alguien atente contra lo único que tengo en este mundo!

—Tranquilícese y dígame en qué puedo ayudarla.

Se soltó de mi traje para aceptar el cigarrillo que le tendía. La llama del mechero se reflejó en sus ojos empañados por las lágrimas, teniendo que afianzar el encendedor con sus dos manos temblorosas. En ese momento hubiera dado media vida por poder abrazar su cuerpo estremecido.

—Deseo que si encuentra usted la carta coaccione a mi tío para que abandone la lucha.

—¿Y por qué no me pide usted que traiga el Ejército americano, y anexione el país a los Estados Unidos?

—Si no lo hace usted, deme a mí la carta y ya veré la forma de convencerle indirectamente. ¡Sé que usted no trabaja desinteresadamente, Malone…, aquí tiene dinero!

De buenas a primeras abrió su bolsillo de manó, volcando sobre mis rodillas dos fajos de billetes. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no darle un par de azotes.

—¡Guárdese el dinero y no haga tonterías! ¡En primer lugar, no tengo la carta; en segundo, no me atrae tanto el dinero como usted cree!

—No sé si es usted un granuja, Malone, o por el contrario…

No tuvo ocasión de acabar. El ruido de un disparo, junto al chasquido del cristal del parabrisas al astillarse, hizo que enmudeciera, tornándose su rostro blanco.

Tuve que cogerla de los pelos para tumbarla sobre el asiento, al mismo tiempo que, con mi mano izquierda, abría la portezuela, lanzándome al suelo como un fardo.

Volvió a oírse un nuevo disparo, salpicándome el impacto toda la boca de tierra.

Mientras rodaba para protegerme contra una roca, precisé dos figuras junto a un descapotable estacionado escasamente a unos veinte metros de nosotros. Bendije la hora en que se me ocurrió quitarle a Many, el pistolero, su revólver. Apreté el gatillo.

Uno de los dos hombres braceó en el aire antes de caer al suelo, disparando nuevamente el otro. Yo estaba protegido por la roca y pude responder a placer. Sólo fueron dos tiros. Los dos en la cabeza.

Cuando, con el revólver todavía humeante, salvé la distancia que me separaba de los dos hombres tumbados, tuve ocasión de llevarme una sorpresa.

Uno de ellos resultaba para mí totalmente desconocido. El otro era Kidnell, el compañero del melómano con el que el día antes me propinara una paliza en la habitación del hotel.

—¡Malone…!

Ágata vino corriendo hacia mí para abrazarse a mi cuerpo, desviando su mirada del rostro de los dos caídos.

—¿Es… están muertos? —musitó con voz apenas audible.

—Afortunadamente para nosotros, sí. Vuelva al coche y aguarde hasta

que yo vaya.

Me obedeció sumisamente, dedicándome yo entonces a curiosear en los bolsillos de los dos individuos. Kidnell conservaba todavía en su cartera gran parte de los billetes que me quitara el día antes.

Eran míos y me los eché al bolsillo sin ningún remordimiento. Después estuve leyendo atentamente su documentación hasta que las letras me salieron por los oídos.

Quise silbar entre dientes, pero sólo conseguí expulsar un aire sordo como cuando uno está afónico.

Volví al coche rápidamente, sorprendiendo a Ágata inmóvil igual que una esfinge.

—¡Dé marcha atrás al coche hasta pisar el asfalto de la carretera!

Como de costumbre, se limitó a obedecer con ojos asustados. Yo corté una rama de arbusto, borrando las marcas de nuestros neumáticos y pisadas.

Cuando salté al interior del coche sonaba ya el motor en marcha.

—¡Vámonos de aquí cuanto antes!

—¡Ellos han atentado contra nosotros…!

—Sí, y usted es la sobrina del Presidente…, por eso mismo conviene evitar en lo posible cualquier escándalo.

Bajábamos por la carretera como si el monte se fuera a derrumbar de un momento a otro. A la entrada de la ciudad, la hice frenar el coche.

—Debernos separarnos aquí, Ágata —era la primera vez que la llamaba por su nombre, y la boca se me tornó dulce—. No cuente a nadie lo ocurrido. Me temo que en torno a su tío se ciernen más inconvenientes de los que él se imagina. Dígame dónde puedo llamarla cuando quiera comunicar con usted.

—Malone…, mi tío no corre peligro, ¿verdad?

—No. Tranquilícese… Vamos, deme algún teléfono donde pueda llamarla.

Dijo uno de línea directa, que apunté en mi libreta. Cuando levanté la cabeza de la agenda, su rostro casi rozaba el mío.

Era más de lo que yo podía resistir y la besé en la boca; ella me correspondió, abandonándose al mismo impulso.

Poca cosa; lo suficiente, sin embargo, como para justificar el viaje a San Belisario, o al mismísimo Polo Norte.

* * *

Subí las escaleras del hotel contando el dinero que acababa de recuperar y pidiendo a mi suerte que Terry no se hubiera marchado todavía.

No me llevé ninguna sorpresa al abrir la puerta. Había volado. Por lo demás todo estaba en orden, con las camas recién hechas, como si mi «mujercita» hubiera salido solamente a efectuar la compra.

Una cosa solamente alteraba tan apacible conjunto.

El reloj.

Estaba sobre mi mesilla con una nota escrita a lápiz que decía:

> «Que tengas suerte, cara fea. Cuando quiera saber la hora, se la preguntaré a cualquiera.
>
> *«Terry.»*

Era una buena chica. Bajé los escalones de tres en tres, topándome en el vestíbulo con Pedro, el conserje. Barría la alfombra con la visera de la gorra apuntando a la nuca; la escoba era como un péndulo que se meciera en el aire sin llegar siquiera a rozar el suelo.

—¿Has visto salir a la señorita que estaba en mi habitación?

Solamente hacía diez minutos, con su maletín, calle arriba.

No sé por qué tenía ahora ferviente interés en ayudarla. Caminé casi corriendo en la mencionada dirección, encontrándomela casi al momento, sentada pensativamente en un banco de piedra, con todo su equipaje sobre las rodillas.

—Apuesto a que con las prisas, no has desayunado.

Fue a protestar algo cuando, tomando el maletín, caminé hacia un café del otro extremo de la acera.

—¡Oye, chico —dijo al fin, asiéndose a mi brazo—, no estoy de humor, déjame en paz de una vez…!

—Está bien, pero primero hablemos cinco minutos. Esta no es forma de despedirse.

El café, a esa hora de la mañana, estaba medio vacío. Pasamos al interior, ocupando uno de los reservados. Después de pedir whisky de marca, puse tres billetes de cien sobre la mesa, empujándolos hacia la asombrada Terry.

—Tu pasaje en avión. Con el resto te compras postales. Supongo que querrás tener algún recuerdo de aquí.

—¿Este…, este dinero… es tuyo? —tartamudeó.

—Ya no; te lo acabo de dar. ¡No me mires con esa cara, que no lo he robado en ninguna parte! —me pareció que iba a romper a llorar de un momento a otro, por lo que atajé rápido—: Bueno, no sé a qué hora sale el primer avión de este asqueroso agujero; de todas formas, cuanto antes estés en el aeródromo, mejor para ti.

Se bebió su whisky de un sorbo, luego sacó un sobre arrugado de algún bolsillo y empezó a abanicarse.

—Gracias, cara fea; me alegro de marcharme. Si no, al final, hubieras acabado gustándome.

—El mundo no está tan mal empedrado como tú crees. Lo que sucede es que las circunstancias a veces le obligan a uno a…

Me interrumpí en seco, como, si alguien hubiera cortado con una navaja mis cuerdas vocales. Terry me miraba sorprendida, sin acabar de comprender mi repentina actitud.

—¿Quién te ha dado eso? —pregunté roncamente, señalando con la vista la carta que Terry sostenía entre sus dedos.

—Un amigo. Debía echarla al correo hace bastantes días; se me olvidó.

—Va dirigida a mí: Yo soy Casey Malone.

La letra era de Andy Piper, y la hubiera conocido a diez kilómetros de distancia.

CAPITULO XI

Terry nos estuvo mirando alternativamente a la carta y a mí, hasta que sacando mi cartera, puse delante de sus narices mi licencia de detective privado.

—¡Pero si resulta que casi eres un poli…! —dijo, abriendo mucho la boca, como si acabara de tropezar con una de las quintillizas Dione.

Le arrebaté la carta de las manos, abriendo el sobre con alterado pulso. Iba dirigido por Andy a mi oficina de Los Angeles; cuando descubrí lo que guardaba en su interior, tuve que sujetarme al borde de la mesa para no caerme.

Entre mis manos tenía el famoso documento que tan afanosamente buscaba Porfirio Romero, su jefe de policía y toda la oposición a la candidatura de la República.

¡Así que el director del «Mensajero» tenía razón! Andy había conseguido, por fin, la maldita carta.

—¿Pasa algo malo, cara fea?

—¿De qué conocías tú a Andy Piper, y cuándo te dio esto?

Se encogió de hombros.

—Lo conocí como a ti. Hicimos amistad… La última vez que le vi, estando hablando conmigo me dio esto por debajo de la mesa, diciéndome de repente que lo echara al correo. Lo metí en el maletín y se me olvidó. Ahora iba a hacerlo… ¿Oye tú no eres el que se iba a casar?

—¿Quién te contó todo eso…?

—Andy. Yo fui la que te gastó la broma…

—¿Qué broma…? —troné, presintiendo algo inesperado.

—La de escribir a tu novia. Ahora que te conozco, lo siento de veras. Andy me dijo que le escribiera diciéndole que yo era tu mujer y que me tenías aquí abandonada con nuestros tres hijitos…

Lancé un rugido que no lo hubiera mejorado ni un león africano. Terry, temiendo una reacción desagradable, saltó de la silla buscando auxilio al otro extremo de la habitación.

—Andy dijo que era una broma… —argumentó con voz débil.

Al fin, sabía el motivo por el cual Carla la había emprendido a tiros con mi persona. Un buen truco de mi socio para aplazar mi boda, y a un tiempo hacerme venir a este maldito pueblo en su ayuda.

Con la palma de la mano me froté enérgicamente la cara, intentando alejar de mi cerebro la desesperación.

—Andy podrá aclarártelo; él me dijo…

—Andy no podrá aclarar ya nunca nada: Ha muerto.

Guardó silencio unos instantes, impresionada por la noticia; luego, en voz baja, musitó:

—Era un buen muchacho.

Le hubiera dicho que sí, de no estar pensando en otra cosa. A pesar de que, por culpa de Andy, Carla había muerto siendo yo acusado de su asesinato, sin contar con el lío que ahora me atenazaba hasta el cuello.

Podía añadir en su descargo que, merced a todo esto, había conocido a Ágata, la criatura más deliciosa del mundo.

Igual que se conoce la luna de verla colgada en el cielo. A ambas cosas era imposible llegar con la mano.

—Quisiera poderte ayudar en algo…, cara fea.

Terry seguía allí, junto a la pared, con su gesto dócil y lastimoso de perro apaleado.

—¿Qué te contó Andy…, qué hacía? ¿A qué personas trataba?

—No; nunca me dijo que se le había perdido en esta cloaca. Un día dejé de verle; supuse que se habría ido. A mí la gente nunca me busca para decirme adiós.

Uno se ríe a veces de las casualidades, pero el mundo es pequeño, infinitamente pequeño.

—Adiós, Terry; recuerdos al «Tío Sam».

—¿Puedo hacer algo por ti, cara fea?

—Sí, desde luego; no escribir a quien pueda ser mi futura esposa, contándole lo de nuestros hijitos…

Me dio un beso de despedida que yo le intenté devolver, apartándome ella delicadamente con la mano.

—No, cara fea; es mejor que dejemos las cosas así. Si no lo más probable es que acabara perdiendo el avión.

Valía lo suyo. Salió andando erguida, sin volver la cabeza. A Andy y a mí nos gustaron siempre las mismas cosas, las mismas mujeres, y por eso nos llevamos siempre los mismos disgustos.

Estuve meditando unos minutos sobre la suerte de Andy, y el filón con el cual creyó hallar la fortuna, topando en su lugar con la muerte.

Ahora, el propietario del quimérico tesoro era yo, sin que, paradójicamente, por esta vez me deslumbrara su valor.

No podía perder tiempo. Salí del reservado depositando una moneda en el teléfono público. Con el corazón golpeándome en el pecho aguardé hasta oír la voz de Ágata:

—Sí…

—Soy Malone.

—¡Casey…!

Nunca supuse que mi nombre de pila pudiera sonar tan celestialmente.

—Ágata…, debo verte en seguida… ¡Por fin, tengo eso!

Oí su exclamación de asombro al otro lado del hilo. Luego su voz se tomó temblorosa:

—¡Por Dios, Casey, ten cuidado…!

—No te preocupes y ven inmediatamente. He descubierto algo importante y hay que proceder con rapidez.

Le di la dirección del café leyéndola en un calendario colgado sobre la pared. Seguidamente, y después de recomendarle el máximo de prudencia, pedí la botella de whisky pasando con ella nuevamente al interior del reservado.

En mi imaginación veía ahora todo claro como el agua de un arroyo. Lástima que no supiera ni yo mismo en qué iba a acabar el asunto.

Creo que estuve un largo rato meditando sobre un sinfín de cosas. Levanté la cabeza anhelante al oír pasos en la puerta del reservado.

De haber sido sensato por una vez en mi vida, hubiera tenido el revólver al alcance de la mano.

Ahora ya era tarde.

Y en su lugar tenía dos armas frente a mí, las dos apuntándome a la cabeza.

—Buenos días, señores; en realidad su visita no tenía que sorprenderme. Debí pensar que el teléfono de Ágata estaría intervenido.

Díaz sonrió mostrando su fría expresión de lagarto.

—Piense lo que quiera si esto nos ahorra tiempo y explicaciones —se volvió a su acompañante para ordenar—: Quero, cierra la puerta; hay corriente.

El inspector tenía la cara desfigurada por los golpes que la noche antes le propinara en el jardín. El jefe de policía tuvo que repetirle lo de la puerta para que dejara de mirarme como miraría un lobo a un cordero tierno.

—Bueno, Malone; ya es hora de que deje usted de jugar con fuego.

Rechiné los dientes cuando dije:

—Más aficionado a eso es usted. Hasta el extremo de quemar la piel de mujeres atadas e indefensas.

—Sabe muchas cosas, Malone; al final va a lograr convencerme de que, efectivamente, es usted un detective.

Quero avanzó hacia mí después de guardarse la pistola. En su lugar extrajo del bolsillo una navaja más grande que la espada del rey Arturo.

—¡Estate quieto! —le reconvino Díaz.

El otro suplicó con voz lacrimosa:

—Es en la cara…, sólo un poco…, déjame…

—¡Aquí no…, más tarde!

Se me puso la carne de gallina.

—¿Qué es lo que quiere? —dije, intentando ganar tiempo.

—Lo sabe de sobra. Ahora sí que no hay cuentos; lo ha dicho por teléfono. Tiene la carta en su poder. —Hizo una pausa para añadir, dirigiéndose a Quero—: Mira a ver si va armado.

El de la navaja caminó hasta mí, sacándome el revólver del bolsillo con la mano izquierda. Pensé que iba a seguir registrándome hasta dar con la carta, pero pudo más su morbosidad de asesino.

Puso la uña a un centímetro de la punta de la navaja, clavándomela en el costado con los ojos entrecerrados por el odio.

Di un ronquido de dolor, avanzando Díaz hasta nosotros con gesto irritado. Le propinó un empujón, reculando el otro hasta la pared.

—¡Te he dicho que aquí no, imbécil!

—Era sólo un pinchazo —se dirigió a mí, amenazándome con el arma —. Luego te voy a sacar los ojos con esto… así, poco a poco.

Eran capaces; igual que habían matado a Carla con la lumbre de un cigarrillo o a Andy de un tiro en la cara.

Sentí la garganta seca como una tubería abandonada.

—¿Por qué, en vez de hacerme venir hasta aquí, no intentó martirizarme en Los Angeles como hizo con mis compañeros?

—¡Oh, prueba evidente de que aquel fue un sistema equivocado!

Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no saltarle al cuello.

—Usted mató a Andy. Él sabía con qué clase de bicho trataba; por eso quiso ultimar el trato en Los Angeles. No sé qué es lo que le decidió a quitarle de en medio sin llegar a poseer la carta.

—Fue este imbécil; es demasiado nervioso.

—Más tarde, suponiendo que la carta se hallaba en mi poder, intentaron hacerme creer que habían sido los hombres de Galo Hernández.

—¡Oh, mire usted si andábamos descaminados!

—No debieron nunca martirizar a Carla; ella estaba al margen de todo.

Díaz se encogió de hombros con indiferencia,

—Sí, es posible. Sin embargo, las mujeres son blandas. Existía la posibilidad de que supiera algo, o, en su defecto, su muerte bien podía ser el motivo que le hiciera unirse a nosotros, cómo efectivamente ocurrió.

Pese a lo apurado de mi situación, el hablar de la muerte de mis dos amigos como si se mencionara a dos perros, hacía hervir mi sangre. No me hubiera importado en ese momento morir de un balazo, con tal de alcanzar el cuello de Díaz. Le hubiera dejado listo.

Pero ambos hombres se mantenían alerta, como dos tiradores expertos en un tiro de pichón.

Hice por seguir hablando. Deseaba ganar tiempo, dando lugar a que llegara Ágata.

—Fallará. Usted es policía y lo sabe de sobra; Porfirio Romero no es

tonto, y si desaparezco después de haber hablado con su sobrina, se acabará dando cuenta, como yo, de que usted está jugando con dos barajas.

—¿Ah, sí…? —dijo Díaz sin entonación especial.

—Desde luego. Usted busca la carta por su cuenta para tener a Porfirio debajo del zapato, o quizá para negociar con el propio Galo Hernández; lo que más le interese.

El de la navaja se echó a reír, chirriando con la garganta como una puerta mal engrasada.

—Es un tipo listo…, ¿eh?

—No le interrumpas. Vamos, siga, Malone.

—Usted me envió aquellos dos tipos al hotel para que me sacaran la carta como fuera, haciéndolos pasar por gente de Galo Hernández; esto haría que yo no intentara en modo alguno tratar con él. Es lástima que esta misma mañana, tras alojar yo a Kidnell una bala en la cabeza, descubriera, con el dinero que me robó, algo que me hizo caer de la higuera: Su documentación; una credencial de policía a sus órdenes, Díaz. Esto lo explicaba todo.

—¿Ha acabado usted ya?

—Todavía no.

—Es igual; el resto nos lo dirá por el camino. Vamos a salir de aquí, Malone. Si hace la menor tontería le pego un tiro. Puedo hacerlo sin tener que darle explicaciones a nadie. Por algo soy el jefe de policía.

Quero me empujó hacia la puerta, volviéndome a clavar la punta de la navaja. Sentí el hierro frío dentro de la carne, ahogando un grito de dolor.

—¡Escuche, Díaz! —bramé—. ¡Dígale a este matón que se esté quieto!… ¡Dígaselo o le daré motivos para que me vuele la cabeza de un tiro!

—Vamos, José; deja en paz al señor y no seas revoltoso.

Eran dos pájaros de cuidado.

Atravesamos el bar, emparedándome entre los dos individuos.

Ahora me alegraba firmemente de que Ágata no hubiera llegado a tiempo, ya que estas dos fieras, posiblemente, no habrían dudado en llevarla a dar un «paseo» conmigo.

Mentalmente empecé a despedirme de todas las cosas terrenas que conocía, o me hubiera gustado conocer.

«Adiós, Ágata; merecía la pena este final, sólo por haberte conocido.»

En la puerta subimos a un «DeSoto» negro. Díaz ocupó el volante, sentándose el magullado policía a mi lado.

No soltó la navaja. Ahora la asía firmemente en su mano izquierda, apretando con la diestra el empavonado revólver. Sólo le faltaba una canana cruzándole el pecho.

Al arrancar el coche, aprovechó para volverme a mortificar con la

punta del acero. Brinqué sobre el asiento, lamentando en voz alta su venida a este mundo. Me metió con tal fuerza el cañón de su arma entre las costillas, que no sé si me dejó alguna hecha trizas.

—¡No le hagas caso, Díaz; es un embustero! —cantó.

Me palpé con dolor el costado izquierdo, notando la sangre corriéndome por debajo del traje. Al tacto, advertí al mismo tiempo la carta de Andy causante de tanta tragedia. ,

Tuve una súbita idea, intentando alargar mi vida.

Me incliné hacia adelante, tocándome el costado izquierdo.

—¡Ponte derecho o te clavo la navaja hasta los hígados!

—Me has hecho daño… ¡Creo que estoy sangrando!

Deslicé los dedos en el bolsillo de la americana, tocando la carta.

—¡Te he dicho que atrás!

La afilada hoja volvió a actuar, hiriéndome esta vez en un muslo. Me estiré dando un breve salto sobre la butaca; lo suficiente como para, con el brusco movimiento, sacar la carta del bolsillo, introduciéndola entre las juntas de la tapicería del coche.

Hecho esto, Díaz intervino desde el volante oportunamente:

—¡Si te vuelvo a decir, José, que te estés quieto, es para acabarte de arreglar la cara!

José se estuvo quieto, aunque todo lo descontento que suele mostrarse un perro cuando el amo le quita de la boca algún jugoso hueso. Se conformó con irme diciendo, lentamente, qué cosas me iba a cortar con la navaja.

Aparté la vista de la tumefacta y repulsiva cara, para mirar el paisaje. Íbamos por una carretera que debía ser de quinto orden, entre una descuidada vegetación de árboles y zarzas. No tenía idea del terreno que atravesábamos, ni en realidad existían motivos para sentirme interesado.

Al final, llegamos a un claro donde parecía acabarse la carretera. Un caserón grande con las paredes agrietadas justificaba el paseo hasta allí.

—Baja.

Descendí del coche, sintiendo como un hililllo de sangre se escurría desde el muslo hasta los calcetines.

El «DeSoto» quedó estacionado en la puerta, empujándome los dos hombres con sus armas hacia la casa.

Nada más trasponer la herrumbrosa puerta, pude advertir entre aquellas ruinosas paredes una fundición abandonada. Bajamos por una escalera de hierro hasta el sótano, parándonos ante una puerta en bastante mejor estado que el resto de la casa. Dentro se oían voces.

Díaz golpeó la madera con la culata de la pistola, dando alguien desde dentro la orden de pasar.

Fue Quero quien abrió la puerta, empujándome hacia adelante.

Me quedé en el centro de la habitación petrificado, como si José me

hubiera clavado su navaja en el centro mismo del corazón.

Porfirio Romero se hallaba plácidamente hundido sobre un cómodo butacón, limpiándose con el pañuelo una mancha de carmín de los labios. Sobre sus rodillas se sentaba Ágata, mirándome sin sorpresa de ninguna clase.

CAPITULO XII

Creo que si me hubieran atravesado con una espada no habrían sacado de mi cuerpo sangre suficiente para llenar un dedal.

Ágata abandonó lentamente las rodillas de Porfirio como una gata perezosa.

—Lo siento, Casey —dijo, con voz lastimosa.

No supe responder. De haber podido usar la palabra, le habría explicado cuál es el más doloroso grado de amargura y decepción que puede vivir un hombre.

Porfirio acabó de limpiarse el *rouge* de los labios, mirándome con ofensiva satisfacción. No había ahora dignidad en su postura; era sólo un repelente viejo, presumido y ridículo.

Sólo pensar en esto hizo que mi diafragma se contrajera por las náuseas.

Todos parecían esperar que yo dijera algo; y lo dije:

—¡Tu querido tiiito! ¡Tal para cual; a ti no te acogería en familia ni un encantador de serpientes!

El insulto fue dirigido a la cara de Ágata.

—Casey —musitó serena—, en la guerra y en el amor, todo es válido.

—¡Claro que sí; aunque tu botín sea para disfrutarlo en la repugnante compañía de ese fauno!

Quero necesitaba menos disculpa para martirizarme. Vino hacia mí con la navaja en la mano, brillantes los ojos y los dientes rechinando como una hiena.

—¡Déjale!

Se detuvo en seco, igual que un perro amaestrado, al oír la voz imperiosa de Ágata.

Porfirio se puso de pie. No le habían gustado mis palabras.

—Dale un escarmiento, Quero… ¡Dáselo! —gritó.

La mujer descolgó de un clavo herrumbroso de la pared un trozo de gruesa correa, haciéndolo sonar en el aire.

—Si le tocas, te arranco la piel a latigazos.

Porfirio parecía contrariado, como si acabara de perder las elecciones.

—¡Ágata, no empieces con tus histerismos!…

—¡Prometisteis que no le haríais daño!

Díaz intervino por primera vez con voz meliflua:

—Ágata, Porfirio tiene razón; nos jugamos mucho para andar con contemplaciones.

—No le toquéis —volvió a advertir con los dientes apretados y sin soltar la correa.

En cualquier otro caso la situación hubiera resultado divertida. Ágata, perdido su sello celestial de arcángel, parecía capaz de hacerse respetar por todos. Sólo Díaz la miraba sin miedo, ignorando su cuerpo y su rostro de sirena.

—No necesito su protección, Ágata, aunque llega tarde con sus advertencias —alcé mi pantalón para mostrar la pantorrilla llena de sangre —. Ese me ha estado pinchando como sí fuera un acerico.

La correa silbó en el aire, yéndose a estrellar contra la cara del policía. Quero soltó la navaja, cayendo de rodillas.

Hubiera sido una buena oportunidad para intentar remediar mi situación, de no haberse Díaz mantenido al margen de la cuestión, limitándose a vigilarme con el dedo puesto sobre el gatillo.

Porfirio intervino sujetando la muñeca de Ágata.

Yo, entretanto, sudaba a chorros.

—Ágata —amenazó el hombre—. Desde que te conozco no he hecho más que soportar tus intemperancias y humillaciones. No estoy dispuesto a aguantarte más caprichos que supongan para mí vejación personal.

—¡Tendrás que hacerlo como yo te aguanto a ti, y como te aguantó tu mujer hasta que, por fijarte en mí, decidiste quitarla a ella de en medio! Sobrina tuya… ¡Reventaría con gusto, antes de pertenecer a tu familia!

—¡Cállate!

—Cállate tú, Porfirio; tienes más motivos que yo para hacerlo.

—Cuando dejéis de discutir, saldaremos este otro asunto —comentó afiladamente Díaz, sin dejar de vigilarme.

—¿Tu qué hablas? ¡Querías la carta y ya la tienes! —chilló la mujer—. ¡Eso es lo único que te interesa para seguir conservando tu empleo de lacayo! ¡Si Galo Hernández te ofreciera más, serías capaz de venderle los dientes de tu padre!

Díaz hacía verdaderos esfuerzos por contenerse. En su frente plana se advertían pequeñas gotitas de sudor.

No hacía falta ser un lince para adivinar que la estrecha habitación era en realidad como una jaula llena de fieras hambrientas y mal avenidas.

Era ésta mi única posibilidad y puse todos mis sentidos para sacar el mayor provecho de ella.

—Todavía no tengo la carta, Ágata —dijo el jefe de policía hablando sin separar los dientes; luego ordenó al hombre acurrucado al otro extremo de la estancia—: ¡Quero, regístrale!

Esa era mi oportunidad. Rompí a reír hasta dolerme las costillas. Debí sorprenderles; hasta el mismo Quero se quedó clavado sin atreverse a tocarme, mirándome con recelo como si tuviera enfrente a un loco.

Entre carcajada y carcajada me dirigí al receloso Porfirio.

—¡Regístrenme…; sí…, ande, déjenme en taparrabos!… ¡Ya han procurado ellos antes esconder la carta!

El revólver de Díaz brincó en su mano como si el hierro le acabara de transmitir algún contacto eléctrico. Cuando reaccionó vino hacia mí con los labios apretados.

—¡No sea estúpido, Malone; no le valdrá de nada ese truco!

—Truco… ¿Eh? ¡Si me importara algo esa maldita carta procuraría por todos los medios que ustedes no la pusieran la mano encima! ¡Usted me la quitó en el bar, y ahora la tiene escondida en el coche entre la tapicería del asiento trasero; al bajar vi por el espejo retrovisor cómo la ocultaba en los asientos! ¡Anden…; miren a ver si les engaño!

Díaz abrió la boca como un pez fuera del agua. Miró a Porfirio como si no acabara de comprender mis palabras. El gesto desconfiado del Presidente de la República de San Belisario, era para mí un poema de júbilo. Con tono grave ordenó:

—Ágata; ve al coche y míralo.

La frente de Díaz era ahora un manantial acuoso. Se volvió a mí, tan furioso como si me fuera a propinar un mordisco.

—¡Embustero; la has puesto tú!

—¿Para qué? Si hubiera sido mi intención esconderla no revelaría ahora su paradero.

En unos momentos hizo Ágata su entrada en la habitación con el rostro alterado por la breve carrera. En su mano portaba el sobre blanco.

Fue una fracción de segundo, en el cual todos desviaron la vista hacia la recién llegada. Díaz se hallaba separado de mí escasamente dos pasos.

Golpeé su muñeca con el canto de mi mano abierta haciéndole soltar el revólver, que cacé en el aire. Tanto Quero como yo, disparamos a un tiempo. Mi bala le atravesó el cuello.

La suya alcanzó a Díaz de lleno en el parietal, sonando el impacto de una forma extraña, igual que cuando se revienta una fruta blanda al chocar contra el suelo.

De pie, frente a frente, quedamos Porfirio y yo, con el lomo arqueado como dos gatos.

Pude haberle matado, y no lo hice. Creo que hasta lo dudé esos breves instantes. Me limité a golpearle con el revólver en la cabeza cuando avanzó como un loco hacia mí, intentando evitar el disparo que yo jamás habría hecho.

Rígida, como una figura de mármol, vi a Ágata de pie todavía junto a la puerta, con el sobre blanco.

A través del humo picante de la habitación avanzó unos pasos. Volvía a ser el hada que no pareciera pertenecer a este podrido mundo.

—Puede que no me creas, Casey… Me alegro que ganes tú; me alegro…

—¡No gastes tu maldito veneno de escorpión para hablarme! ¡A ti es a quien menos pena me daría reventar la cabeza de un balazo!

—¿Por qué no lo haces, Malone?

Avanzó hacia mí con los labios entreabiertos en una desafiante sonrisa.

—¡Atrás o disparo!

Esta vez tampoco disparé. Ella lo sabía. Introdujo la mano en el bolsillo de su falda para extraer una pistola con cachas de nácar, que tiró a mis pies.

—Pude haberte matado por la espalda, Casey. Pero me gustas; me gusta verte ganar.

Me mantuve mudo, esperando el resto de sus palabras.

—¡Estoy harta de este asqueroso poblacho, Casey…, y de Porfirio, con todo su reinado! ¡Nunca me da dinero; sabe que si tuviera lo suficiente, el día menos pensado me marcharía dejándole colgado! ¡Por eso me vigila constantemente!…

—Pudiste dejarle, encanto, cuando te conocí en el aeródromo de Los Angeles…

—¡Me prometió dinero si conseguía sacarte la carta; por eso me mandó allí con esa rata…! ¡Es muy duro consagrarse a nadie para el final marcharte con las manos vacías!

—Contribuiste a que asesinaran a Carla y Andy —musité roncamente.

—¡Fueron ellos, Casey, te lo juro…! ¡Díaz y Quero; yo llegué una semana más tarde! —pasó los brazos en torno a mi cuello, sintiendo contra mi pecho la dura silueta de su cuerpo—. ¡Escúchame, tú no eres como ellos!… Puedo ofrecerte…

Cerré los ojos intentando alejar la obsesión.

—¡Tenemos la carta! ¿Me oyes, Casey? Galo Hernández nos dará por ella lo que pidamos. Luego podremos marcharnos lejos de aquí…, los dos juntos…

Me besó. Fue un beso que me apartó de la realidad.

Sentí lo que siente un hombre cuando está a punto de dejar de ser honrado sin tener fuerza de voluntad para evitarlo.

Se separó de mí cuando, con el dedo, señaló el cuerpo abatido de Porfirio.

—¿Y él?… Nos perseguirá antes de que hayamos conseguido el dinero.

Le relucieron los ojos con brillo demoníaco.

—¡Mátalo, Casey, mátalo! ¡Nadie le echará de menos de aquí a mañana! Para entonces ya tendremos el dinero y estaremos lejos… ¡Igual que a los otros, mátalo!

Le doy gracias a la Providencia por no haberme privado, en el

momento más decisivo de mi vida, del raciocinio suficiente para saber distinguir entre el Bien y el Mal.

La vi entonces tal y como era; sin su bella y engañosa envoltura carnal, mostrando al aire su raído espíritu.

La aparté violentamente con la mano, jadeando como si acabara de librar el combate más duro de mi vida.

—No, Ágata; lo haría si no tuviera que vivir de acuerdo con mi propia conciencia, pero tengo alma y creo en mí mismo. Dispón tú de tus propios actos; en realidad, no vales ni el barro de que estas hecha.

—¡Casey…, Casey, cariño, bésame…!

De una vez y por todas, quise alejar de mí su maldita visión de serpiente disfrazada.

Cogí la correa caída en el suelo, cruzándole con ella la cara.

Luego, con la carta apretada en mi mano, huí corriendo de allí, como si acabara de escapar del mismo infierno.

* * *

Ismael Jiménez, director del diario «El Mensajero», me recibió con su peto azul manchado de tinta grasa.

—¿Qué hay de bueno, Malone?

—Una carta —puse el documento extendido ante sus impasibles ojos.

No pareció inmutarse. La estuvo leyendo para depositaria nuevamente sobre la mesa.

—Lo siento; ya le expuse en otra ocasión mi punto de vista. Debió creerme; no me interesa.

—¡Debe interesarle todo lo que sirva para lograr que su pueblo deposite la confianza en usted! ¡Con esto demostrará a la nación la corrupción de su actual Presidente y la forma de echarlo!

—Es posible, Malone, pero aunque así fuera, yo no tengo dinero.

—No quiero dinero. Jiménez; siempre fui un romántico apasionado por las causas perdidas. Ahora, con esto, tendrá de su parte a toda la gente honrada que creía en Porfirio; puede que entonces hasta gané las elecciones.

Me puse de pie, dando el asunto por terminado.

—Es usted un hombre honrado, Malone; ignoro porqué, pero yo sé distinguirlos. Mi partido es pobre; no puedo darle nada, aparte mi gratitud… y mi amistad. Espero que en su próxima visita le agrade San Belisario.

Salí de allí suspirando entrecortadamente.

No todos los días se le brinda a uno la oportunidad de tirar cien mil dólares a la basura.

* * *

Amalia tuvo que aceptar sólo la mitad del importe de la factura a cuenta del destrozo y gastos ocasionados en su hotel.

No obstante, como regalo de la casa, se avino a darme un beso de despedida. Casi me atrevo a asegurar que, de haber accedido a su sugerencia de quedarme unos días más, hubiese acabado perdonándome la cuenta entera.

Un taxi desvencijado me condujo hasta el aeródromo, brincando como un canguro en todos los baches de la carretera.

Después de abonar el importe de mi pasaje, comprobé con satisfacción que aún podría pagar el alquiler de mi oficina de Los Angeles por lo menos un par de meses.

Fue durante estos cálculos cuando descubrí a alguien sentado en la sala de espera con un pequeño maletín sobre las rodillas.

—Apuesto a que va usted a los Estados Unidos.

Terry dio un respingo como si acabara de perder el avión.

Tardé unos segundos en comprobar si su gesto era de sorpresa, de susto o de alegría.

Las tres cosas.

—Verás, Terry; he recibido un telegrama urgente de Los Angeles diciendo que tengo a mi abuelita enferma. Si tú supieras de alguien que…

—Sí, cara fea.

Que yo recuerde, no hablamos más…

Gracias a la oportuna intervención de una azafata pudimos separarnos un poco para tomar aire.

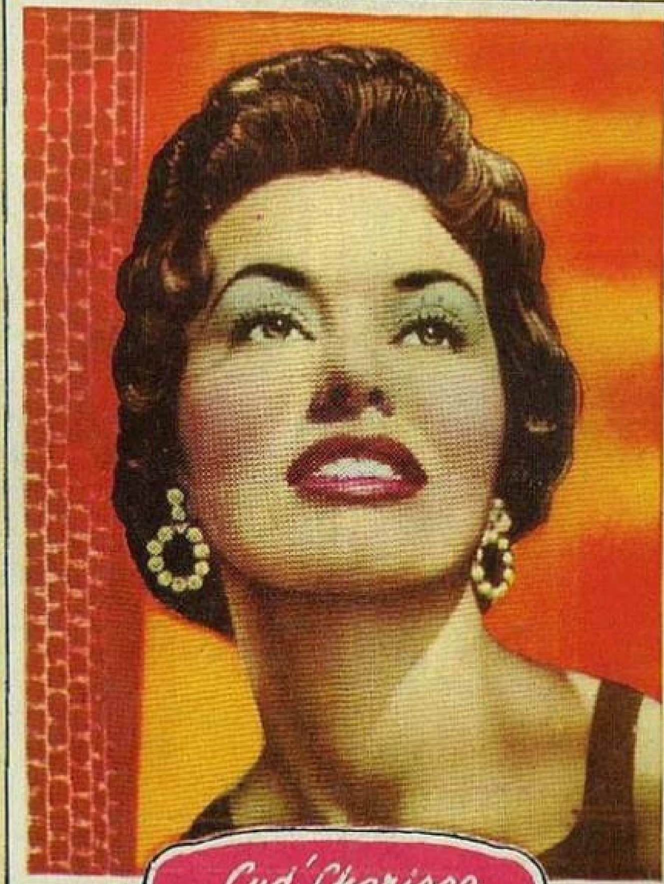
—Por favor; si alguno de ustedes parte en el avión de California, debe apresurarse y abreviar la despedida.

—No hay despedida, hermana, sino todo lo contrario.

Terry atravesó la pista camino del avión, colgada de mi brazo, parloteando como un papagayo.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS





Tula Finklea, verdadero nombre de Cyd, nacio el 8 de marzo de 1930, en Amarillo, Texas. Debido a su gran afición al baile, en el que descuella, pasó al cine para interpretar varias películas musicales, entre ellas "Cantando bajo la lluvia"

Foto METRO-GOLDWYN-MAYER

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: $3'50